REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV | San José, Costa Rica | 1948 | Miércoles 10 de Noviembre | No. 13

Año XXIX — No. 1064

"Una sola debe ser la Patria de los americanos"

Es un discurso de *Rómulo GALLEGOS.*

(En el *Rep. Amer.*)

Pronunciado en el acto de inauguración de la estatua de Bolívar, en la población de Bolívar, Missouri, Estados Unidos de América, el 5 de julio de 1948.

I

He aquí un hombre mediante el cual se ha extendido sobre la tierra una multiplicación de pueblos.

De los que creó con el esfuerzo de su brazo ya la historia nos ha dicho cuanto fuere menester; pero yo he querido atribuirle significación trascendente a la circunstancia de que su nombre, que en el origen fué de pueblo, a pueblos se los haya devuelto aquí y allá. ¿No habrá sido porque este hombre fué una personificación de voluntad colectiva, de esencia de pueblo? ¿Quién le puso su nombre a este de Missouri, y por qué son varios los que del mismo modo se denominan en esta gran nación americana, que pasa por quitada de romanticismos y sólo amante de lo suyo propio? Los curiosos y acostumbrados a detener sus averiguaciones en el documento positivo y fidedigno podrán responder a esa interrogación con nombres propios de ciudadanos de este país; pero sucede que muchas veces los hombres no podemos asegurar que hayan sido total y exclusivamente nuestras las ocurrencias que nos hubiesen pasado por la mente y yo no subordino realidad a capricho insustancial si prefiero situarme en el plano ideal donde se mueven los sentidos profundos de la vida, para atribuirle uno especial a ese multiplicado regreso de un patronímico al origen gentilicio.

Bolívar, Padre americano.

(Según *Tenerani*)

Y así me agrada pensar que esta estatua que acabamos de descubrir no es sólo una composición artística destinada al mayor adorno de un paraje hermoso, ni tampoco solamente una demostración monumental de buena amistad entre dos naciones: ésta, grande y admirable, que aquí le brinda una porción de su suelo al asiento del mármol y el bronce del homenaje y aquélla mía que tuvo la fortuna gloriosa de que en el suyo naciese Simón Bolívar. Aquí en sustancia de perennidad su figura procera, en medio a pueblo de su nombre, es el encuentro consigo mismo de un hombre-pueblo.

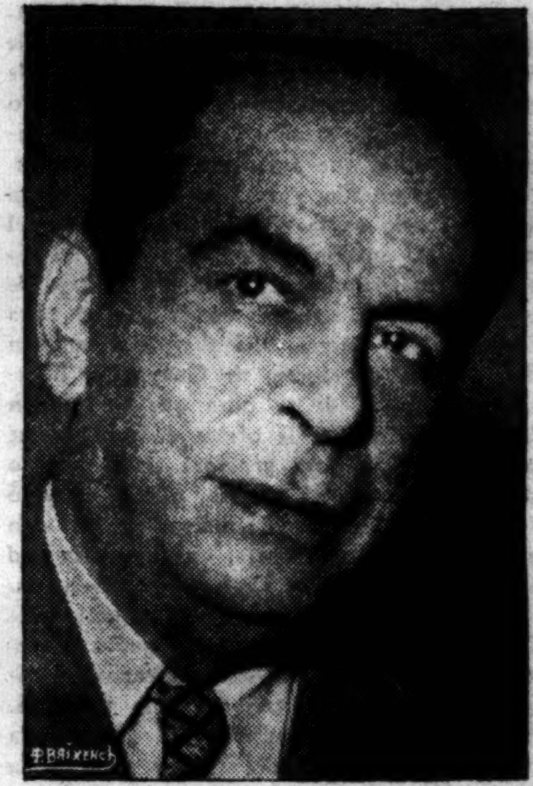
Pero viene al caso, que en seguida debo aprovechar, pedirles a los maestros de escuela de esta tierra de magistrales disciplinas, que no le hablen a sus discípulos del Bolívar de las batallas famosas, como no sea para enseñarles, con ánimo educativo del propio amor, que en un mismo año fueron, allá la de Carabobo, decisiva de la libertad de mi Patria y aquí la constitución de Missouri en Estado de la Unión. Que no se lo ponderen sino como ejemplo de constancia sin pausas en el propósito libertador que se había impuesto; como caso extraordinario de hombre tan poseído de fe en su ideal y de confianza en sí mismo, que, cuando en Pativilca —abrumadora la impresión del paraje, maltrecho él de salud y de tropas, siendo numerosas y aguerridas las del enemigo a cuyo encuentro marchaba— como al vérsele taciturno se le preguntase:

—¿Qué piensa el Libertador?

Todo aquello aconsejando retirada, la respuesta fué:

—Vencer.

Pero que no les perviertan y les estraguen el gusto, que sólo en aplicaciones a formas serenas de paz debe complacérseles, describiéndoles a este Grande Hombre de América sólo como un General intrépido, ganador de batallas difíciles, porque ellas no fueron propiamente el fin perseguido por los titánicos esfuerzos que le consumieron temprano la vida, sino el camino dramático a lo largo del cual, por entre campos de sangre, tenía que llegar a la realización de su ideal libertador y creador. Y para que ninguna duda les quede a los niños de esta comarca de que no hemos erigido aquí esta estatua para complacencias de admiración de genio guerrero —uno más entre los muchos que han figurado en la trágica historia del mundo —he aquí las palabras con que el Libertador de mi Patria, en el Mensaje al Congreso de Cúcuta, se definió a sí mismo ante la Historia, con hermosura y valentía:



Rómulo Gallegos

"Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y el escarmiento de los pueblos... Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser un ciudadano para ser libre y para que todos lo sean".

Estas palabras, insólitas en boca o de mano de un guerrero victorioso, son sin duda alguna las mejores con que yo pueda recomendar a la admiración de las generaciones que se estén levantando sobre el suelo de América, la óptima calidad humana del Padre de mi Patria. No se detengan mucho los ojos que hayan de contemplar este bronce conmemorativo en la espada que le arma la diestra, sino en el símbolo de leyes prudentes que la otra mano sostiene y en el reposo del manto que lo sobreviste de serenidad, y condúzcase el alma necesitada de enseñanza conveniente a felicidad de pueblos a la meditación del singular contenido de excelencia humana que encierran las palabras de mi Libertador que acabo de citar, para que se advierta cómo no abundan en la historia

hombres de acción con tanta conciencia de sí mismos y tanta responsabilidad de su destino. Ante lo que de tremendo éste tuviese para lo relativo a sí mismo, nunca se le vió vacilar; pero cuando le hablaba a su pueblo, cuando tenía que modelarle el corazón a su criatura, siempre le brotaron de la boca palabras edificantes.

Coinciden, afortunadamente, en esa inquietud ante los atributos de la espada y en la renuncia al provecho del predominio que ella hubiese conferido, los máximos libertadores de América. Aquí fué el admirable Washington, el primogénito, que se sacude de las manos creadoras de patria el polvo mortífero de las batallas y como el buen padre de familia que a la casa trajo el sustento bien procurado y con los hijos se sienta a compartirlo en la mesa cordial, colgado el sable de la misión cumplida, recobra el sitio del ciudadano para presidir el trabajo de los que van a asegurar en la paz la obra fecunda de la guerra; allá abajo fué también San Martín, de regreso de Guayaquil, libertador satisfecho de su obra que no cae en la tentación que se le ofrece de sobrevivirse más allá de la hora generosa en el tiempo de la gloria; allí el nuestro, que si traspasó fronteras y derrocó virreinatos no fué sino para fundar patrias libres, en cuya dignidad se pudiesen complacer los hijos de sus suelos.

Y téngase en cuenta que la naturaleza le dió temperamento dominador y que a su genio impetuoso modalidades americanas no dejaron de hacerle invitaciones a la violencia.

Pertenecía a un mundo que aún ejercía sobre sus pobladores de espíritu animoso la fascinación que sus selvas, sus ríos anchurosos, sus montes coronados de nieve y borrascas, sus vastas soledades, ejercieron sobre el conquistador temerario, explorador de misterios geográficos más aún que dominador de indiadas.

"Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra la Naturaleza" —dice en Caracas, entre los escombros del terremoto de 1812,— y es porque ya tiene enderezada la lucha contra el medio natural, todavía bárbaro en su país, la gana de esgüazar ríos a nado y de cabalgar potros salvajes, para que lo acatasen como jefe natural quienes a esas pruebas sometieron la hombría de los suyos. Pero también la de tramontar páramos ventosos, para extender sus horizontes a todo lo que pudieran darle los ojos desde eminencias y para delirar sobre el Chimborazo.

Es el caudillo que produce el suelo americano y especialmente el venezolano, apenas resuena el grito de emancipación, antes de que la idea exacta de ésta hubiese puesto en movimiento, propiamente, la voluntad colectiva; pero se diferencia de los demás en que no abriga el propósito personalista de dominar dentro de los términos de la región natal, sobre los determinados hombres, de presa también, que pudiesen disputarle tal dominio; sino el ambicioso y por ello generoso de trasponer sus propias fronteras, de empinarse sobre toda la América, no para someterla a su personal imperio, sino, por lo contrario, para pertenecerle totalmente a toda ella. Y sus más duras, difíciles y tenaces luchas son, desde los primeros momentos, contra los libertadores de patrias chicas a quienes no les llegaba el espíritu hasta abarcar los contornos de la grande que ya él llevaba en su mente.

Que no es solamente Venezuela, desde los comienzos, ni será tampoco la Gran Colombia, poco después, sino la América entera.

Pero conviene advertir que la idea de americanismo integral no es ocurrencia exclusivamente suya, cual de hombre desligado de su mundo circundante, sino que ya ha comenzado a formar parte del pensamiento político venezolano. En Europa, Miranda se presenta como enviado de América y en la Constitución venezolana de 1812 se establecía que podían ser miembros del ejecutivo los "naturales del continente colombiano", sólo con haber residido durante un año en el territorio de Venezuela.

En Simón Bolívar, personificación de pueblo y grandeza humana en cuya composición todo se encuentra en proporciones extraordinarias, aquellos balbuceos de americanismo integral adquieren firmeza y magnitud de pensamiento dominante, categóricamente expresado tanto en la hora de la angustia, como en la del gozo consecutivo al triunfo o en la de la reflexión serena.

Es el año funesto de 1814. Las huestes de Boves han destrozado la República, llaneros de Venezuela en pos del asturiano impetuoso han clavado sus lanzas en el tierno cuerpo de la Patria naciente y a los leales soldados de la división de Urdaneta, Bolívar les estimula el ánimo grande, diciéndoles: "Para nosotros la Patria es la América".

Es la suerte cambiada en 1818. Aunque incierta todavía la existencia de Colombia, los triunfos obtenidos con la conquista de Guayana y con la reunión del Congreso de Angostura, tienen carácter de victoria definitiva y Bolívar complacido le escribe a Pueyrredón: "Una sola debe ser la Patria de los americanos".

Es, finalmente, para no insistir demasiado, en 1825, cuando las armas de Colombia cubren todo el territorio comprendido desde las bocas del Orinoco y el istmo de Panamá hasta la región del Chaco y Bolívar se halla en toda la plenitud de su influencia sobre el mundo americano, cuando propone la reunión del Congreso de Panamá, para echar las bases de una gran confederación de las naciones del Continente. Y he aquí, en la hora de la fortuna acariciadora del triunfo, cuando mayores riesgos corre la grandeza humana, en la ocasión de los laureles, sobre los cuales ha sorprendido la historia, dormidos, a tantos hombres que parecían hechos para los desvelos portentosos, el pensamiento del genio vigilante, en estos puntos capitales del ideal de aquel congreso, tomados en un borrador sin fecha:

"El nuevo mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente; el orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos; ninguno sería débil con respecto a otro, ninguno sería más fuerte; la fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas; la diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder; la reforma social se alcanzaría bajo los santos auspicios de la libertad y la paz..."

Y como coronamiento de esta concepción visionaria, de auténtica excelencia espiritual y no en forma de discurso compuesto para impresionar y deslumbrar, sino en un papel de notas para fijar el pensamiento relampagueante, la visión de "una sola nación cubriendo el universo, la federal, en la marcha de los siglos, para la dicha de los pueblos".

¿Delirios sobre el Chimborazo todavía? Yo no sé de nada que sea grande y hermoso entre las angustias y miserias de la vida cotidiana y que no haya sido relámpagos del ideal a través de cerebros visionarios. Pero en todo caso es buen motivo de orgullo nuestro, el que en el pensamiento de un guerrero de América, de un hombre violento como la naturaleza de su país, todavía indómita, haya anidado siquiera la imaginación de un solo asiento de felicidad humana, y por obra de leyes prudentes, la tierra entera. Los guerreros de otras patrias nunca pudieron soñar sino con la sujeción de las ajenas al dominio de la propia. Aquí fueron libertadores, sin ánimos de conquista.

Pero de nada nos serviría el haber venido a rendir homenaje al pasado, honrando la memoria de los que fueron y son grandeza real y perenne, si no estuviésemos dispuestos a llevarnos de aquí alguna lección provechosa. Y al entregarle, como formalmente lo hago, al Presidente de los Estados Unidos de América y en nombre del gobierno y del pueblo de Venezuela esta estatua del Libertador de mi Patria, para que él le transfiera su posesión a este pueblo que su nombre lleva, se la confío a su generosa devoción bolivariana como si le entregase una semilla de amor a Venezuela, para que él la siembre en su suelo y sea la flor con que se adorne la planta que de ella nazca, amor a América, igualmente nuestra.

Porque Vos y yo, señor Presidente Truman, hemos conmemorado juntos los consecutivos días nacionales de nuestras Patrias y en un solo viaje hemos pasado del uno al otro y por añadidura de Washington a Bolívar, sin traspasar fronteras, y quiero creer que algún sentido trascendente hayan tenido estas concurrencias. ¿Estuvo, acaso, en vuestro pensamiento la premeditación intencionada de que esto sucediese cual si significase algo que debería ocurrir en plano de acontecimientos superiores? Yo me inclino a creerlo y me complazco en celebrarlo, porque a la verdad son dos pueblos, el vuestro y el mío, quienes han hecho ese viaje, cordialmente compartido. De Washington a Bolívar, los grandes y admirables creadores de nuestras Patrias, sin trocar un sentimiento por otro, sin quitar los corazones, ni por un instante, de donde se tienen desde el nacer firmemente puestos; pero sin esquivárselos tampoco al grande amor que este visionario le confió a la marcha de los siglos. ¿Una hermosa utopía y nada más, América patria común de todos los americanos? ¿Pero no es la historia del mundo dramático relato de una trabajosa persecución de utopías, cargados de angustias los pueblos, mirando hacia donde la esperanza promete: allí descansarás en la posesión de la felicidad? ¿Y de dónde, si no de las anticipaciones de los visionarios de ayer, han sacado los hombres prácticos de hoy las soluciones positivas de que tan arrogantes se muestran?

Por todo esto, cumplido el encargo que me dió Venezuela, hecha en este pueblo la siembra de amor a ella, yo me retiraré de aquí, no con la superficial complacencia de haber contribuído a acto de protocolar cortesía, sino con la emoción de haber asistido a un acontecimiento trascendental.

Mi primer contacto con la injusticia

Fué mi padre gran viajero. Parte por afición, parte por motivos de salud, peregrinó mucho por América y Europa, hasta que los años lo obligaron a mayor reposo.

Por esta razón, los primeros de mi vida fueron, no dirigidos, sino suavemente empujados por mi buena madre, quien, ya por ser yo el más pequeño, y bastante más pequeño, de mis hermanos, ya por mi semiorfandad, me crió como a un verdadero Benjamín. Todo su empeño era quitarme las espinas de un camino tan enzarzado como el de la vida y evitarme los esquinazos, donde todas las calles son esquina.

El resultado tuvo que ser un muchachuelo tímido y receloso, en un pueblo de arrapiezos fornidos, capaces de darle un susto al miedo. Algo fantaseador también era, pero en ello no tuvo parte ni culpa mi madre, mujer muy casera y muy de su tiempo y de su pueblo.

A consecuencia de todo esto, cambié mucho de escuela y después de colegio. Bastaba que no me encontrara del todo a mis anchas, para que yo mismo, con bien pobre excusa, o sin ninguna, me diera de baja.

Al fin, por razón de proximidad, capital para lo asustadizo de mi madre, fuí a dar a una de las dos escuelas superiores que había por entonces en la ciudad. Era escuela municipal, es decir, para alumnos gratuitos, pero los admitía pensionados. Como mi familia era acomodada, tuve la mala suerte de ser de estos últimos.

Digo mala suerte, porque de allí se derivó mi primer tropezón con la injusticia, de que conservo memoria.

Era el director más bien de pequeña estatura, pero recio, enjuto, hombre que rara vez sonreía, y cuya mirada severa, a través de los cristales cuadrados de sus espejuelos de oro, me parecía que trataba de insinuarse por las entretelas de mi pobre cabecilla, dispuesta a dejarse penetrar. Tenía don G... un concepto, que llamaré singular, de lo vidrioso de sus funciones, a causa de esa mezcla de discípulos que pagaban y que no pagaban; y, por no parecer parcial a favor de los primeros, solía pasarse de imparcial, es decir, solía saltar a pies juntillas la raya de la ecuanimidad y caía de cabeza en plena parcialidad.

A mí me tocó experimentarlo.

Entre mis condiscípulos, uno de los más aventajados, de buena familia, pero pobre y que como tal, estaba en el colegio, gozaba de gran predicamento con el director; y, a lo que recuerdo, lo merecía. Era bastante mayor que yo y debía mirarme con desdén, por mi carácter un tanto añoñado. Cierto día, sea por bromear o por amedrentarme, hubo de decirme: "Tengo un cartucho de picapica y voy a soplártelo por entre el cuello de la camisa".

Me llené de terror y de escozor. Todo atortolado y sudoroso, me fuí para casa y discurrí escribir una carta, lo más patética que me fuera posible, a nuestro don G..., que me pareció entonces, a pesar de su corto talle, un Briarco centimano. Detrás de su sombra imponente y protectora me ponía yo, para que con un solo gesto me librase de la lluvia maléfica que ya me torturaba.

Temblando me dirigí de nuevo a la escuela, llena a esa hora de chicos y de bullicio, me deslicé como pude hasta la mesa directoral, y esquivando encontrarme con los ojos de mi verdugo, presenté humildemente al Director mi cartapacio, rogándole que lo leyese a solas y se dignase contestarme.

Del todo inesperado y para mí insólito fué el caso que se me presentó. Don G... leía y se sonreía, se sonreía socarronamente; a poco me hizo un gesto para que me detuviese donde estaba, y empezó a leer en voz alta ¡qué horror! ¡qué profanación!, recalcando mis pueriles y torpes frases; y así que hubo terminado su lectura y mi suplicio, me miró por encima de sus cristales cuadrados y me dijo campanudamente:

"Si te pica, te rascas".

No sentí picazón, pero sí sobre mi cabeza el golpe de una gran losa, que todavía, de cuando en cuando, me pesa.

Enrique José VARONA

Vedado, 12 de setiembre, 1916.

(En *El Gráfico*. La Habana, octubre 21 de 1916)

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al

Repertorio Americano

Las piedras del Cerro de la Muerte

(Leyenda indígena. En el *Rep. Amer.*)

Siete veces tuve la gran impresión de cruzar a pie, el Cerro de la Muerte!

¡Aquella soledad! ¡Aquel frío y aquella enorme extensión dominada por nuestra mirada, son de tal fuerza que nunca pueden olvidarse!

Pero... cada vez nos llamó la atención un enorme montón de piedras entre las cuales había una mayor.

Esto fué un gran volcán, pensamos y esas son muestras de una erupción fantástica!

Los compañeros siempre nos recomendaron no gritar; no disparar un tiro, pues... el Genio del Cerro desataría todas las furias y vendrían el temporal, la oscuridad, el huracán, el frío intenso y... ¡la muerte!

Habla la historia, me contaba el compañero, de una gran expedición de españoles, que saliendo de Cartago, se dirigió a explorar la zona sur.

El guía, viejo indio reducido a servidumbre, era leal a sus amos.

Al principiar el ascenso explicó al jefe, altanero capitán español, sin más ley que su voluntad o su capricho, la leyenda del Cerro y le suplicó que ordenara a sus fuerzas no hacer ruido, no gritar... no desafiar, en fin, a esas fuerzas silenciosas y ocultas, imponderables, como decía Bismarck, pues el Genio enfurecido, no los dejaría con vida...

El capitán, orgulloso y altanero, le ordenó callar y le dijo: España no acepta amenazas o imposiciones de nadie... ni de nada.

Al llegar a la cumbre el dicho capitán ordenó a sus soldados formar y prepararse y después de un grito de desafío, ordenó hacer descargas de mosquetes y todo el ruido que pudieran o desearan. La orden fué cumplida.

La leyenda agrega que el Genio lanzó contra los insolentes todas sus furias y después de la oscuridad, del frío, del terror brilló esplendoroso el sol iluminando el montón de piedras que fué lo único que había quedado del insolente y altanero capitán y de sus ignorantes y obedientes soldados.

Juan José CARAZO.

Costa Rica. Octubre de 1948.

QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

El hábito de leer

(En *La Prensa* de Buenos Aires. Diciembre 7 de 1947).

En un pequeño, y a la vez gran libro titulado *El arte de leer*, el eminente crítico francés Emile Faguet empieza con esta frase: "Se lee muy poco, decía Voltaire, y entre los que desean instruirse, la mayor parte lee muy mal". Hay aquí dos cuestiones claremente planteadas: en el siglo XVIII se leía muy poco y a la vez muy mal. No puede menos de sorprender semejante premisa en el siglo llamado de la ilustración, como que le diera al mundo la famosa Enciclopedia redactada por filósofos, hombres de ciencia y escritores de alcurnia a quienes se les atribuye el haber aventado la simiente ideológica de la Revolución Francesa. Es indudable que por aquella época la cultura no era general. El pueblo era una entidad anónima, sufriente y sumergida en la miseria. No se creía que las multitudes estuvieran obligadas a saber otra cosa fuera de los oficios manuales y el cultivo de la tierra para beneficio de los grandes señores. La escuela pública tampoco existía como institución del Estado. La ignorancia colectiva, sin ser mal vista y sin preocupar a los gobernantes, trasmitíase como herencia de un siglo a otro, e iba en aumento con el desarrollo creciente de las poblaciones. La luz del espíritu irradiaba por excepción, espontánea y aisladamente, sin que a nadie le preocupara el cómo y el porqué. En la Edad Media, en el mismo convento donde un Tomás de Aquino elevaba la inmensa *Suma*, abundaban los monjes que, por sí mismos, eran incapaces de deletrear los pergaminos que encetraban la sabiduría aristotélica. La inquietud y curiosidad del Renacimiento fué la obra de una *élite* pensante y enamorada de la belleza. Al lado de quien, como Pico de la Mirandola, llegó a acumular todos los conocimientos humanos de su tiempo, pululaba el perfecto iletrado, sin excluir al personaje de orgullosa estirpe. ¿No se quejaba el más enjundioso ensayista del siglo XVI francés de que los nobles por él frecuentados sintieran repugnancia por la lectura? Durante el reinado de Isabel de Inglaterra y de Luis XIV de Francia se advierte el mismo contraste de luz y de sombra, de ilustración e ignorancia. Y en el siglo de oro español, ¿para quiénes escriben sus geniales escritores si el pueblo no sabe leer y si el duque de Béjar apenas pone los ojos en el "Quijote" que Cervantes le dedica?

Además de la rudimentaria cultura imperante, en esas centurias de cerrazón intelectual, leíase poco, y lo poco mal, porque las imprentas, sin los recursos industriales de la edad moderna, echaban a rodar escaso número de obras. Aun a las personas que necesitaban del libro como del cotidiano sustento les era penoso conseguirlo. Sábese de eruditos que debían realizar largos viajes, muchas veces a pie, para procurarse en Holanda raros infolios que algún amigo o privilegiado librero retenía con egoísmo avaro; y sólo toleraba la consulta a su vista en la propia tienda. Después, cuando las escuelas se abren para el pueblo, y el analfabetismo es considerado una enfermedad moral y una vergüenza, el libro deja de ser un objeto inaccesible, porque la industria editorial ya se halla en condiciones de ponerlo al alcance de todas las manos. Las bibliotecas públicas pueden desempeñar airosamente su misión de alumbramiento espiritual, ahora procurando la obra que no se reimprime o bien la que por su precio elevado es de difícil adquisición. Las bibliotecas circulantes prestan valiosos auxilios y la edición económica permite a la familia más modesta que pueda reunir en su casa los libros de su predilección. Pero si para leer un libro es requisito elemental aprender a leer, es de rigor aumentar la instrucción, para que con ésta se adquiera la necesidad de practicar la lectura. Leer y comprender son dos cosas distintas. No basta deletrear una página impresa para penetrar en el sentido de lo que hay en ella. Cuando el lector comprende, sólo entonces sabe propiamente leer.

No todos los que saben leer y comprender dan muestras de sentir ningún solaz con la lectura. ¿Por qué? En primer término, porque no poseen el hábito de leer. Hábito es sinónimo de costumbre, la cual se adquiere con la práctica en un mismo ejercicio. Hay un refrán francés que dice: *une fois n'est pas coutume;* una vez no es costumbre. Y es exacto, exactísimo. El acto exige reiteración para que se convierta en costumbre, en segunda naturaleza que se apodera de la voluntad, la mueve y la inspira. A fuerza de hacer algo una y más veces, acaba siendo parte integrante e inseparable del yo. No hablaríamos sin el hábito de comunicarnos con nuestros semejantes, ni pensaríamos sin la costumbre de reconcentrarnos a meditar en nuestras acciones. Lo propio acontece con la lectura. Si no lo buscamos no será nunca el libro pan del espíritu, elemento esencial de nuestra vida, compañero de horas agradables, dispensador de emociones, maestro que aconseja y señala caminos. El hábito de leer acaso tenga en la época presente enemigos que conspiran contra él mucho más que en otros tiempos. De ordinario se dice que vivimos de manera febril y que nos embargamos en tareas absorbentes y penosas. Según eso, el culto de la lectura exigiría otro género de existencia menos precipitada y con más horas para el reposo hogareño. ¿No sobran horas para los deportes, para los cinematógrafos, para el teatro, para sentarse al lado de un aparato receptor de radio y en la terraza de un café? Los ejercicios al aire libre no pueden ser enemigos de la lectura; no lo son en los países anglosajones donde ambos hábitos tienen jerarquía de naturaleza y no se hacen daño entre sí. El que sabe leer, el que siente necesidad de darse ese solaz, siempre encuentra el modo de satisfacerlo, ya sea en la casa, en el ferrocarril, en el avión, en la sala de espera de cualquier estación u oficina. Todo es cuestión de administrar las horas del día para distribuirlas de la manera inteligente que rinda más. Lo que se debe evitar es el hábito excluyente, el hábito único que no admite la participación de los que amplían y hermosean la vida.

Un pueblo sin el hábito de la lectura es un pueblo de ideales limitados. Su imaginación será corta y oscura. Su curiosidad no irá lejos en busca de los conocimientos que enriquecen la mente y le dan relieve a la personalidad. El pueblo que lee, y lee bien, se dignifica en lo espiritual y tiene más probabilidades de transitar por las luminosas avenidas de la civilización. De poco sirve la salud del cuerpo cuando se descuida esa otra salud inmaterial que es obra de la cultura. No sólo es un deber el hábito de la lectura para perfeccionarse a sí mismo, sino también para elevar el nivel moral de cuantos no desdeñan el oficio de escribir. Los grandes pueblos que la historia recuerda con fisonomía propia, tienen escritores y poetas preclaros, filósofos eminentes, hombres de ciencia que trabajan para la humanidad; y saben honrarlos creándoles el ambiente propicio sin el cual nada duradero pueden hacer.

A PROPOSITO DE LOS LIBROS:

El mejor compañero en la adversidad es un libro. — *Proverbio árabe*

*

Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma. — *Cicerón.*

*

No hay libro, por malo que sea, que no contenga cosa instructica. — *Plinio.*

*

La lectura hace completo al hombre; la historia lo vuelva sabio y prudente; la poesía, espiritual; las matemáticas, sutil; la filosofía, profundo; la moral, grave; la lógica y la retórica, apto para discutir. — *Bacon.*

*

La ignorancia es la maldición de Dios; el saber, las alas con que volamos al cielo. — *Shakespeare.*

*

Conviene favorecer las imprentas, tesorerías de la gloria, donde sobre el depósito de los siglos se libran los premios de las hazañas generosas. — *Saavedra Fajardo.*

*

Un buen libro es un legado precioso que hace el autor a la humanidad. — *Addison.*

*

Discreto amigo es un libro:
Que a propósito habla
siempre en lo que quiero yo.
Y que a propósito calla
siempre en lo que yo no quiero,
sin que puntoso me haga
cargo de por qué lo elijo
o por qué lo dejo. Blanda
su condición, tanto que
se deja buscar si agrada
y con el mismo semblante
se deja dejar, si cansa.

Calderón.

*

Podría creerse que la naturaleza ha puesto en la mano de ciertos autores una varilla mágica, con la cual, tan pronto como nos tocan, nos hacen olvidar los males de la vida, arrojan de nuestra alma las tinieblas y nos hacen reconciliar con la existencia. — *Diderot.*

*

Desgraciado el libro que no nos excita a volverlo a leer. — *D'Alembert.*

*

Emplead el tiempo en vuestra propia mejora mediante los documentos acopiados por los demás; de ese modo adquiriréis fácilmente lo que a otros costó grandes fatigas. — *Sócrates*

*

Un buen libre te enseña lo que debes hacer, te instruye sobre lo que has de evitar y te muestra el fin a que debes aspirar. — *San Bernardo.*

*

Ved en los buenos libros otros tantos maestros que os instruyen sin disciplinas ni férulas, sin palabras duras o coléricas, sin pedir regalos ni dinero.

Si os aprixim;is a ellos, no duermen; si les interrogáis con escrutadora mirada, nada os ocultan; si les desconocéis, no se quejan; si sois ignorantes, no os reprenden.

Monseñor Burg

***

El que mata a un hombre mata a un ser razonable creado a semejanza de Dios; pero el que destruye un libro destruye la razón misma y la propia representación de la divinidad.

Viven muchos hombres que son inútiles cargas en la tierra; en cambio, un buen libro es la substancia misma de un espíritu superior, recogida cuidadosamente y embalsamada para que le sobreviva. — *Milton.*

***

Estimo tanto los libros, que me los figuro vivientes, y que al leerlos, converso con ellos. —*Swift.*

"RADIUS"
Calle del Variedades — TELEFONO 4692
Espejos de todas las clases
Cuadros — Marcos — Objetos tallados
Souvenirs — Oleos y Acuarelas
Vidrios para sobre de muebles
y para Automóviles
SERIEDAD — RAPIDEZ — EFICIENCIA

Miscelánea literaria

Por *August H. WAGNER*

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en Los Angeles, Calif., setiembre 1948).

"Las palabras son cosas, un poco de tinta que cae sobre el pensamiento como el rocío y que produce lo que hacen miles, quizás millones, pensar".

Byron: *Don Juan.*

Algo sobre libros:

Son, "El consuelo de la vida humana", escribía Robert Heron mientras descontaba una prisión por deudas... "Las miserias de la vida humana", los llamaba James Beresford, a través de una vida fácil y regalona, en medio del lujo que lo circundaba... el primer libro de Walt Whitman fué una novela que reflejaba temperancia y de la cual se vendieron 20.000 ejemplares. Celebró el triunfo invitando a los amigos a beber a su casa...

el diccionario Webster, a pesar de la fama obtenida, una vez lo condenó el Estado de Arkansas por la definición que había dado de la palabra "evolución"... el mejor libro *Al abrigo* fué repudiado por 28 publicistas, antes de que la valiente casa E. P. Dutton se hiciese cargo de la edición que se vendió íntegra... el mejor libro publicado, *A Pickle for Knowing Ones,* obra de un excéntrico mercader de la Nueva Inglaterra, Timothy Dexter, apareció sin asomo de puntuación; sin embargo, el primer tiraje se vendió inmediatamente. Más tarde otras tres ediciones corrieron la misma buena suerte; pero antes de que la segunda llegara a la imprenta, los amigos del autor lo convencieron de que debía puntuarla. Consintió en ello, agregando una nueva página al final del libro, con líneas de signos de puntuación, y acompañaba una nota dirigida a los lectores para advertirles que podían usarlos en los lugares donde lo creyesen necesario!... En la dedicatoria que Margaret Kennedy ofrece en su libro, *El loco de la Familia,* se lee: "A mi marido"!...

Sobre autores:

Cuando T. E. Lawrence terminó su colosal trabajo intitulado: *Las siete Columnas de la Sabiduría,* por olvido dejó el manuscrito en una estación de ferrocarril y tuvo la necesidad de escribir de nuevo aquel volumen de 400.000 palabras, confiando únicamente en su memoria... el mal hábito de Thomas de Quincey de tomar narcóticos, hizo posible que obtuviera en 1821 el mayor de los triunfos con su libro *Confesiones de un fumador de opio...* Sir Walter Raleigh escribió su libro: *La Historia del Mundo,* mientras aguardaba en la cárcel la muerte por el hacha... Voltaire, uno de los más prolíficos escritores que han existido, productor de más de ochenta gruesos volúmenes, únicamente escribía dos páginas diarias... Mary Mapes Dodge (1831-1905), escribió el más famoso de sus libros, sobre una tierra nunca vista antes. Pero al investigar cuidadosamente vida y costumbres holandesas, Mrs. Dodge logró crear una obra maestra de la vida juventl: *Hans Brinker, a los Patines de Plata,* publicado en 1865. Con tanto acierto penetró en el espíritu de aquel pueblo que, cuando años más tarde visitó a Holanda, un librero que no la conocía, le recomendó el libro para el propio hijo de la autora, como la mejor representación de la vida juvenil...

Sobre poetas:

Una de las figuras de más colorido en la historia de la poesía, fue Li Tai Po, poeta, maestro de esgrima, aventurero y bebedor. Alcanzó tempranamente el éxito, porque siendo él en toda China el único que podía leer el Koran, supo colmar las ansias del Emperador. De la noche a la mañana logró una posición sólamente comparable a la de los poetas laureados ingleses. Llevó en la Corte una rápida existencia de fausto y ostentación. Se convirtió en un verdadero bebedor, y en una de sus bacanales disgustó profundamente a uno de los poderosos del Imperio y fué desterrado. Sin embargo, el Emperador, antes de que Li Tai Po abandonara el país, decretó que se le diera vino libre, en cualquier parte del Imperio Chino, cuando el poeta lo solicitara. El folklore chino dice que Li Tai Po murió en 762, mientras "trataba de besar, desde un bote, los rayos de la luna reflejados en las aguas". Algunos historiadores escépticos piensan que fue "una simple forma poética de decir que había caído del bote en estado de ebriedad y se había ahogado"!... Edgar Allen Poe escribió *El Cuervo* a la inversa, comenzando por la última estrofa hasta llegar a la primera. Le dieron entonces solamente $ 10.00 por el poema, hoy valorado en $ 200.000... Cuando Jean Jacques Rousseau publicó su oda *A la posteridad.* Voltaire la criticó diciendo: "Este poema no alcanzará su destino"'.. John Keats escribió su *Oda al Ruiseñor,* en menos de tres horas, en el jardín de su casa de Hampstead, Inglaterra, mientras Shelley leía cerca de él...

Los ensayistas:

Un Mensaje a García, el inmortal ensayo de Elbert Hubbard, lo escribió en una hora, una noche después de la cena. Fué publicado en su propia revista mensual, en marzo de 1899: *The Philistine,* sin ningún encabezamiento. Su lectura todavía hoy exalta la imaginación de todos los lectores del mundo, y cuadros, hechos recientemente, demuestran que más de cuarenta millones de copias han circulado en 50 lenguas diferentes... las car-

tas originales que Cristóbal Colón escribió en relación con los descubrimientos del Nuevo Mundo, se conservan en la sala de libros raros de la Bibliteca Pública de Nueva York... Teinta y tres cartas inéditas de Benjamín Franklin para Richard Jackson, el parlamentarista inglés del siglo XVIII, fueron recientemente vendidas en Londres por la suma de $ 21.600... en 1872 un espantoso huracán azotó a las Islas Vírgenes. En una oficina de la Isla de Santa Cruz un oscuro amanuense escribió a algunos de sus amigos de las colonias, una larga y detallada descripción de la tormenta. En ensayo fué admirable y brindó al autor la ocasión de visitar a los Estados Unidos y dió a la posteridad uno de los más prominentes estadistas de Norte América, Alexander Hamilton!...

Perlas literarias:

"Lo que ofreces de tus actos, de tus palabras a la vida y al trabajo universales, es semilla que no muere; inadvertida hoy, se encontrará después de miles de años, florecida como los bosques de bigueras de Bengala".

Carlyle

"Nada más grande en el mundo que la lucha sostenida por el genio y la fortaleza de un solo hombre, contra los prejuicios de las multitudes".

Ingres

En el centenario de Don Fed. Henríquez i Carvajal

(En el *Rep. Amer.* Envío de don Rafael Anido, en La Habana, Cuba).

(Sigue. Véase el número anterior)

SEA BIENVENIDO

El caballero don Federico Henríquez y Carvajal recibió antier —y tuvo la cortesía de comunicárnoslo— un telegrama de Santiago de los Caballeros concebido así:

"José Martí saludará amigos queridos Diezisiete".

De un momento a otro, pues, estará en esta capital el notabilísimo orador y distinguido literato y poeta cubano, cuyas producciones son tan celebradas entre nosotros.

Dámosle la bienvenida.

(*Listín Diario*. Sept. 17 de 1892).

*

COPIA

Carta de José Martí a Federico Henríquez y Carvajal

Mi tierno amigo:

Al saltar de un viaje, y al estribo de otro, y sin más que un minuto descortés, recibo —con la primera noticia de la desaparición de su delicada compañera— la carta en que me reprocha mi silencio —que en verdad no me reprocha usted— y me habla de su hermano.

De su mujer, yo diré lo que recuerdo, y la amistad y dicha de su casa, porque lo vi, y lo tengo en el alma agradecida y lo quiero decir: hablaré de aquellos ojos compasivos, de la vasta sala, de la mesa de fiesta, de las blancas paredes...

De su hermano, cuanto él quiera y yo sepa, tanto haré (1).

De mí, véame, y ámeme, porque le estoy labrando, amigo del alma, la patria común. Seremos grandes. Aun lo verá usted con sus ojos. Junte cuanto esfuerzo pueda y échelo en seguida, e inmediatamente, en los brazos de nuestro General (2). Por Cuba va a cuajar la emancipación de la América.

Déjeme abrazarlo, y a sus hijos, y a su hermano (3) y ponerme a los pies de Salomé, y sentarme en silencio con los amigos.

Ya se me va el vapor... ¿Cómo mover la pluma mientras me posea esta ansiedad mortal? No sería sincero.

Y a usted, Federico, le sé de memoria la generosidad incansable, la cultura exquisita, la rebeldía callada, el tremendo dolor!

Vea un alma hermana en su

José MARTI.

New York, julio de 1894.

*

EL TESTAMENTO DE MARTI

(De *La Ley*, Santiago de Chile).

Este es el nombre con que es conocido, en las Antillas y Costafirme, el documento que publicamos en homenaje a la memoria de Martí. Cuando éste se disponía a salir con Máximo Gómez de "La Reforma", próxima a Montecristy, en la República Dominicana, con dirección a los campos de Cuba Libre, en donde habían de tener, él la fortuna de perecer, y los cubanos la desgracia de que pereciera él, a manos de la alevosía. Martí contestó a la última carta que había recibido de Federico Henríquez y Carvajal.

Este Federico Henríquez y Carvajal, insigne amigo de Martí, de Betances, de Cuba, de Puerto Rico, de la Independencia, de la Libertad, de la cultura y del progreso, es uno de los mejores periodistas de la América Latina. Sus *Letras y Ciencias* es una revista digna de ser tan estimada como es. En ella se han publicado composiciones tan hermosas como las sextinas dedicadas por Henríquez y Carvajal a *Betances, Hostos* y *Martí*, con motivo del Centenario de Colón, y en ella se ha publicado no ha mucho "el testamento de Martí".

*

Este documento, que sin duda formará entre los de la Historia de la Independencia de Cuba, tiene tres cosas superiormente notables: las ideas, los sentimientos, y cierta difusa sombra de muerte que vaga y divaga por todo él.

*

En ella pensaba al escribirla el dispuesto a todo sacrificio. Consumado el sacrificio, es natural que la sombra de la muerte, así por deber provocada y arrostrada, divague ante los ojos del que lee esa carta.

*

Notabilísima también es ella por las ideas. No son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el último Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.

*

Pero lo que más brilla en la carta son los sentimientos que resplandecen en ella.

Bien hizo Henríquez en apellidar "Testamento" a la carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan, al separarse del mundo de los hombres.

E. M. de HOSTOS.

Nota.—Esta página aparece reproducida en *Letras y Ciencias*. Edición de diciembre 31 de 1895.

*

E N E L M A R

— Camino del destierro —

Patria, familia, virgen amada,
tumba sagrada,
luz de mi hogar,
¡ai! que la nave rauda se aleja...
Dios nos proteja
sobre la mar!

¡Frágil barquilla! Temo se hunda.
De agua la inunda
brisa del sud.
Quiso, sin duda, cruel despotismo
fuera este abismo
nuestro ataúd.

(1) Se refiere al general Manuel A. Henríquez Carvajal —el mayor de los hermanos— quien, por no transigir con el régimen de la tiranía que imperaba en su país, permanecía en el destierro. Un ataque de hemiplegía lo postró y lo invalidó a fines de ese mismo año. Esa enfermedad —que en 1899 lo llevó a la tumba, en Cabo Haitiano— le impidió el alistarse en las huestes libertadoras y acaso el haber rendido su vida en los campos épicos de Cuba.

(2) Alude al Generalísimo —Máximo Gómez— que tenía su residencia en la Reforma, cerca de Montecristi, y se hallaba en constante relación con el destinatario de esta carta íntima y fraterna.

(3) El Dr. Francisco Henríquez y Carvajal.

AHORRAR
es condición sine qua non de una vida disciplinada
DISCIPLINA
es la más firme base del buen éxito
LA SECCION DE AHORROS del
BANCO ANGLO COSTARRICENSE
(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito
AHORRAR

Iris asoma. ¡Luz de esperanza!
Mar de bonanza
surca el bajel.
Arida roca cerca ya miro...
"¡Tierra!" —i suspiro
por mi vergel.

Fondo la nave dió en la bahía.
¡Alza, alma mía,
preces a Dios!
Ondas i brisas, id; i, ligeras
las mensajeras
sed de mi adiós.

Patria, ¡despierta! Con heroísmo,
salva el abismo
hacia do vas.
Libre a tus playas yo volvería...
¿Con tiranía?
¡Nunca, jamás!

1873.—

*

EUREKA

¡La República se ha salvado!

¡La Nación ha vuelto por su honor vendido!

La obra del maquiavelismo soez —la obra expoliadora e insultante del despotismo— ha caído; i ha caído a impulsos de la opinión pública, i por el noble empuje del Gobierno Provisorio.

El tristemente célebre convenio de Semaná ya no existe.

El Ejecutivo se ha portado con la rectitud i dignidad propias de su elevado carácter.

Absurdas eran las peregrinas pretensiones expuestas por los comisionados; i el gobierno, haciendo abstracción de las necesidades del momento, supo contrarrestarlas sin desviarse de la senda que le trazara el Manifiesto de Noviembre.

No había otro remedio.

El dilema era fatal.

O el pago inmediato de los $ 150,000 o la rescisión del contrato.

I como quiera que la Compañía no estaba en aptitud de llenar sus compromisos indeclinables, el segundo término era consiguiente i el Gobierno decretó la rescisión.

No publicamos el honroso decreto, pues el pueblo lo conoce; por todas partes se lee con satisfactoria solicitud.

El hecho es glorioso.

El 25 de marzo de 1874, es digna i legítima consecuencia del 25 de noviembre de 1873!

I si el General González trazó con su libre espada un círculo de "fusión" en aquel memorable día, el Ciudadano Ignacio María González ha escrito, con la pluma del abnegado patriota, la más brillante página de la historia de la Revolución.

¡Gloria, pues, al elegido de los pueblos!

¡Gloria al país que prefiere la miseria a la deshonra; la integridad del territorio a un puñado escasísimo de oro corruptor!

El Ciudadano Presidente electo merece bien de la Patria.

I la Patria, engreída, debía felicitarse de tan acertada elección, de su delicado tacto.

I por eso la Capital hace envidiable alarde de su patriótico júbilo, paseando las calles en alegres comparsas de jóvenes —ciudadanos i militares— desplegando la gloriosísima enseña de Febrero, mientras las bandas de música amenizan tan elocuente como expansiva manifestación.

I las corporaciones i las sociedades i la juventud en masa i hasta la Asamblea Nacional, todos, todos alborozados se han adherido al entusiasmo popular i se han felicitado mutuamente al dar el parabién al Jefe del Estado.

I los pueblos i ciudades, i las aldeas i los campos de la República, saludarán espontáneos este hecho que reivindica a nuestras glorias i nuestro honor nacional.

Sí, la nación unánime da su asentimiento i se enorgullece de su triunfo.

I, si acaso el paso decisivo que ha salvado al país de ulteriores compromisos, trajere, por consecuencia, indemnizaciones por parte del Estado, el Gobierno —sin vacilar— deberá acudir al pueblo, que él se mostrará a la altura de su integridad rescatada.

Que la República Francesa no ha de superar en abnegación i patriotismo a la República Dominicana.

I los pueblos acudirán i, en un día, todo estará consumado.

Loor a la Revolución de Noviembre!
Loor al Gobierno Provisorio!
Loor a la República!
Viva la integridad de la Patria!
¡¡Eureka!!

(*El Nacional*, marzo 28 de 1874. Año I, Nº 12).

*

ECOS

Es extraño. *El Porvenir* ha guardado absoluto silencio sobre un hecho importante acaecido el 16 de agosto en Puerto Plata.

Los ecos lo han traído hasta nosotros i no podemos menos de consignarlo.

En ese día memorable, varios cubanos quisieron solemnizar el aniversario de nuestra restauración i enarbolaron pabellones que simbolizan su nacionalidad.

I el Gobernador de aquel Distrito dió órdenes expresas de que los arriaran para evitar dificultades con España.

—¿Qué significa esto?

—¿Acaso tiene España que mezclarse en nuestro sistema interior de Gobierno?

—¿Acaso no sabe ella que en Santo Domingo existe hoi una amplia libertad i cada uno puede hacer lo que no le está prohibido por ninguna ley?

—¿Qué importa que un ciudadano enarbole en su casa el pabellón que más le plazca?

—¿Hai en ello algún ataque directo ni indirecto a ninguna nacionalidad?

—¿Revela eso complicidad en el Gobierno del país que brinda a todos una acogida hospitalaria, sin preguntarles cuáles sean sus opiniones políticas?

I si la bandera cubana no puede ser aún reconocida oficialmente ¿a quién puede prohibírsele que en cualquiera festividad la coloque como un adorno, lo mismo que otros tantos que en tales casos se acostumbran?...

Si hoi, que no existe Tratado con España, se ven estas cosas, esperemos que mañana la tirantez no tendrá límites.

I entonces perderíamos algo; pues es indudable que la inmigración cubana ha contribuído mucho a desarrollar ciertos gérmenes de riqueza en nuestro suelo.

Nosotros necesitamos quien venga a trabajar i dar ejemplo de laboriosidad i es mui triste que, por pueriles temores, por injustificables injusticias, ahuyentemos la inmigración i demos pruebas de que preferimos la amistad, o mejor dicho, la humillación, ante un pueblo hasta ayer nuestro amigo, a los fecundos bienes que nos trae la tolerancia de actos inofensivos.

Acordémonos de nuestra guerra con España. ¿No teníamos nosotros derecho, en las Repúblicas sud-americanas, de plantar nuestro pabellón i hacer ostensible nuestra nacionalidad?

I hasta en Curazao i St. Thomas —países donde más escrupulosos se muestran en esto, por ser colonias europeas— ¿no flameaba por doquiera la bandera cruzada, símbolo de nuestras glorias?

Llamamos mucho la atención sobre lo acaecido en Puerto Plata.

Se acerca el 10 de Octubre —la fecha inmortal del heroico alzamiento de Yara— i no queremos que, debido a una escrupulosa neutralidad, vaya a impedirse que los cubanos, residentes entre nosotros, ahoguen en el silencio su entusiasmo patriótico i no consagren a su oprimida antilla el culto que merecen sus esfuerzos por la libertad e independencia!

(*El Nacional*. Octubre 3 de 1874, Año I, Nº 39).

Nota.—El Nacional era el vocero de la Soc. *La Republicana*. Fundado al desaparecer el tiránico régimen —de los *seis* años de Báez— inicia su salida el 10 de enero de 1874. Don Federico, que regresó de la expulsión a fines de enero, inicia su colaboración en este semanario, en la edición Nº 5 del 7 de febrero. Y, el 19 de abril, electo por segunda vez Presidente de la Sociedad, asume la dirección del periódico. Federico fué socio fundador de la Sociedad "La Republicana"; fundada el 17 de enero de 1866, a raíz de la desocupación del país por las fuerzas españolas.

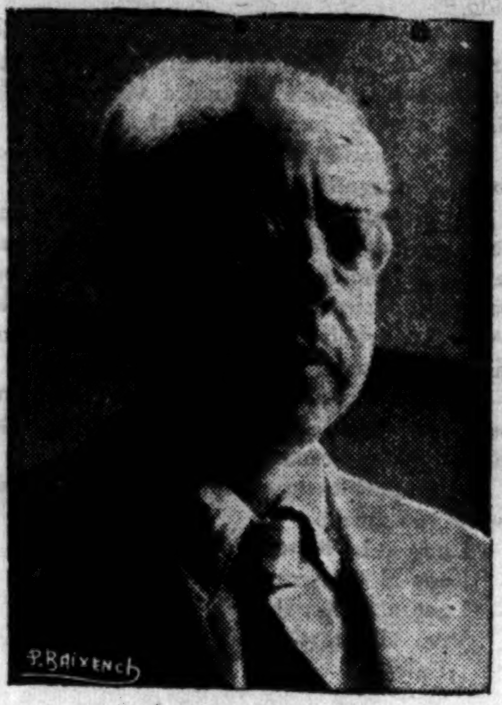
(Sigue en la próxima entrega)

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

Luis Alberto Sánchez

Por *TRIGUEROS DE LEON*

(Envío del autor)



Luis Alberto Sánchez

Fué en Lima, la ciudad en donde la colonia asómase aún en los ventanales de algunas casas mientras en los jardines se abren las más bellas rosas; en Lima, la ciudad de don Ricardo Palma y la misma bajo cuyos cielos murió Georgina Hubner, criatura nacida de la imaginación de un escritor y musa de Juan Ramón Jiménez; fué en Lima, digo, en donde conocí a Luis Alberto Sánchez, uno de los más destacados escritores peruanos. La mañana en que me dirigí a la Universidad de San Marcos en compañía de Rogelio Sinán, novelista panameño, fué de gratos encuentros. José Gabriel y Melva Luna fuéronme presentados. Hablamos de poetas y de poesía, de escritores americanos, de periodismo. Fué una charla rápida en un viaje hacia rumbos diversos, a través de las evocaciones.

Sinán y yo entramos a la Rectoría de San Marcos. Retratos de ex-Rectores dan al recinto una nota de distinguida sobriedad. Tras breves minutos de espera aparece Luis Alberto Sánchez. Es un hombre que aparenta más edad de la que tiene. Nació con nuestro siglo y parece tener más de cincuenta años. Blancos mechones en las sienes, frente amplia surcada por las huellas que dejan la meditación y el estudio, cejas que nacen de dos verticales acentos y acentúan el perfil de gruesos lentes tras los que ven los ojos escrutadores. Planos y líneas profundamente marcadas completan el rostro de este hombre lleno de inquietudes que ha hecho de su vida un trabajar sin tregua, un ir y venir por rutas distintas: Historia, Literatura, Política, Abogacía. Sus luchas en la vida del Perú son bien conocidas en América. Ha ido varias veces al ostracismo; ha caminado por las tierras de nuestro continente, enseñando y aprendiendo; se ha asomado a ellas y se ha detenido por muchos días en más de un país americano. Chile fué lugar que le brindó su hospitalidad. Hizo de Santiago su centro de acción, trabajando tesoneramente en la Editorial Ercilla. Panamá, cálido y cordial, le abrió sus puertas. Ecuador le recibió con los honores que tan distinguido escritor merece.

Luis Alberto Sánchez ha peregrinado en América. Ello le ha servido en buena parte, parte recoger datos y material que difícilmente hubiera podido lograr sin ir a sus propias fuentes.

La literatura americana camina a saltos y esporádicamente. No hay un ritmo en la producción. Es imposible trazar una curva estadística reveladora de las actividades que en tal orden se llevan a cabo. Por ello algo que en otras partes resulta muy fácil —llevar un registro de la producción literaria, histórica, artística, científica, etc.— entre nosotros viene a ser labor de titanes.

Sánchez ha logrado, con su tenacidad y su especial dedicación, escribir una de las más completas historias de la literatura americana. A pesar de todo existen en ese libro muchas involuntarias omisiones, varios capítulos que no tratan con extensión suficiente el tema propuesto. Tal sucede, por ejemplo, con el capítulo dedicado a la literatura centroamericana. ¿La razón de ello? La hemos dicho ya: falta de continuidad en nuestra producción literaria, provocada por la escasez de gentes que se dediquen profesionalmente a las letras o que, cuando menos, hagan de ellas su principal preocupación.

Mi entrevistado me recibe afectuosamente. Como yo sé que él es hombre de múltiples ocupaciones y que su tiempo lo tiene dispuesto cronométricamente, procuro quitarle el menor posible para no interrumpir su trabajo. Pienso, de pronto, en muchas cosas que desearía preguntarle. Estoy frente a una mina por explotar. Como es cantera inagotable debo conformarme por hoy, con obtener parte de su riqueza.

Barajando temas considero de especial interés el asunto de la novela americana. Es bien sabido que Luis Alberto Sánchez escribió un libro titulado *América, una Novela sin Novelistas* que dió motivo para hacer los más apasionantes comentarios.

Es ésta, pues, nuestra primera pregunta:

—¿Mantiene usted aún su tesis de que América es una novela sin novelistas?

—Mi tesis está aún en pie. Desde que publiqué mi libro en donde expuse ampliamente mis principios sobre el particular, hasta hoy, las cosas han cambiado un poco; pero considero que todavía no se ha hecho la novela de América.

—¿Y las obras de Gallegos, Rivera, Guiraldes y otros novelistas americanos?

—Gallegos es el más completo. La obra de Rivera más que una novela es una epopeya. El novelista venezolano maneja muy bien sus personajes, actúa en un campo en el que se mueven tipos de toda clase.

—¿Cree usted que los personajes de las novelas americanas se repiten con mucha frecuencia en las obras de este género?

—Con los personajes ocurre, generalmente, que hay entre ellos gran parecido. Los tipos de Anatole France y de Balzac, por ejemplo, corresponden a un mismo nivel; mas de allí no vamos a deducir que el primero de ellos copió al segundo.

—¿Cuál es el más intenso problema de la novela americana?

—Considero que el principal problema para todo novelista americano lo ofrece el medio. Mientras el novelista no logre emanciparse de ese medio, será más épico que novelista. En Europa el novelista se emancipa del medio. El poeta épico no es un artista; es un profeta. El lírico es el artista. El épico, el árbol; el lírico, el pájaro.

—¿Y la novela en el Perú?

—No hay más que Ciro Alegría. Hay ensayos de Arguedas; pero quien ha escrito novelas haciendo vivir sus personajes es Alegría. De sus obras, prefiero *Los Perros Hambrientos*. En *El Mundo es ancho y ajeno* nótase la influencia de Thomas Mann.

Al hablar de las letras peruanas surgen nombres de escritores y de poetas. Inevitablemente tocamos con César Vallejo, señal de la mejor poesía americana de los últimos tiempos.

—Vallejo no tendrá influencia en otros poetas. No existen posibilidades de imitar su tono. Es una voz que viene de muy dentro y sólo se puede imitar lo formal. Whitman tampoco podrá ser imitado. Son poetas que no tienen un modo, una forma, sino que están haciéndose todos los días, en cada poema. Los poetas peruanos consideran a César Vallejo como el más alto poeta de nuestra patria.

Notando que la última alusión puede ser motivo para desviar un tanto la charla, yéndonos por otras rutas —las de la poesía— y alejándonos de la novela, procuro volver al tema inicial valiéndome de un buen novelista ecuatoriano, Jorge Icaza.

Al hablarle a Luis Alberto Sánchez de Icaza, aquél me responde:

—Vale mucho como escritor y como hombre. Su mejor obra me parece *Barro en la Sierra*. *Huasipungo* es demasiado patético. Todo autor, al inventar, tiene que ser más moderado que la realidad. Aun cuando parezca una paradoja la vida presenta situaciones inverosímiles, mientras que la novela debe dar la impresión de ser verosímil.

Las agujas del reloj me dicen que ya es hora de poner punto final a mi entrevista. Pará cerrarla con la respuesta de Luis Alberto Sánchez a una pregunta que se refiere directamente a la literatura centroamericana, digo al ilustre crítico:

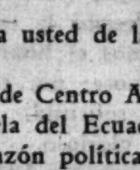
—¿Qué opina usted de la novela centroamericana?

—La novela de Centro América se parece mucho a la novela del Ecuador: es patética, muy tocada de razón política. No hay tiempo para hacer arte en ella. Tal vez lo consigue Arévalo Martínez en alguna de sus obras. La novela allí tiene la tentación de evocar las cosas antiguas.

Entre Ubico y los mayas hay un tentación doble que solamente la puede salvar el quetzal.

Con tan simbólicas palabras finalizó Luis Albertos Sánchez nuestra charla. Afuera, en los corredores de la centenaria Universidad de San Marcos, dialogaban alumnos y maestros. El sol, a medio cielo ya, derramábase por todas partes cubriendo esa maravillosa tierra grávida de añoranzas y aromada de rosas...

San Salvador, mayo de 1948.



Masferrer, creador del alma nacional

Por *Salvador* CAÑAS

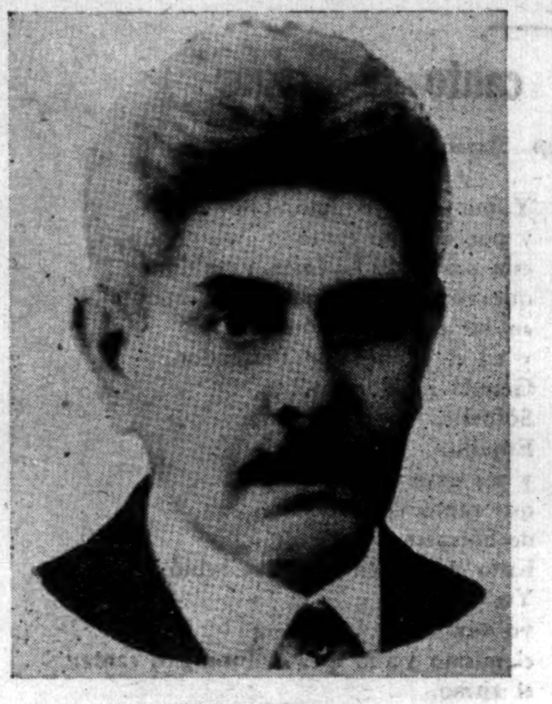
(*Envío del autor*. En San Salvador).

(*Fragmentos de un ensayo sobre la personalidad y obra de* Alberto Masferrer).

Desde el punto de vista de Keyserling, Alberto Masferrer fué creador del alma nacional. Todas sus energías mentales, psíquicas y volitivas, tenían un cauce único: *crear el alma nacional*. Pudo Masferrer, porque su mente hubiese perdido agilidad y penetración, no haber incorporado a su equipo intelectual nuevos conceptos en filosofía y frescas doctrinas en lo social y político. Pero sí fué, indiscutiblemente, un precursor en la lucha por las grandes reivindicaciones colectivas y un atisbador sagaz en el campo de la filosofía. A Masferrer se le respeta por el conocimiento que tuvo de las realidades sociales, políticas y culturales y por la intuición lúcida de abruptas realidades que advendrían en época cercana. El cumplió con su destino de guía y de combatiente hasta el día en que alentó vida. Otros completarán su obra con el aporte a nuevas conquistas filosóficas y científicas y con el aporte de la capacidad fragante del hombre en potencia biológica y mental. Pero en los lineamientos fundamentales de su obra constructiva, realizada en El Salvador y en el resto de Centro América, él será durante mucho tiempo el clarividente maestro.

Su *Minimum Vital*, si cierto es que no expresa una teoría avanzada en lo filosófico y económico-social, sí encierra una fórmula viable para resolver los graves problemas que aquejan a la colectividad salvadoreña. Además, en su tiempo y aún hoy, esta colectividad no tiene la preparación necesaria, como para asimilar y practicar métodos de vida que conduzcan a una revalorización y reajuste, o mejor decir, a una creación de la vida ética, social y política, puesto que previamente no ha pasado por las primeras etapas en su evolución ascendente. Que la última guerra ha precipitado esta evolución, es una verdad irrebatible; que aceleró fuerzas que marchaban lentamente, no se discute tampoco; pero reconozcamos, no en alarde sentimental, que pensadores y luchadores como Masferrer, sentaron las bases sólidas para la edificación de instituciones libres. En el país sentimos, cada día, el soplo grandioso de Masferrer, ya sea en la medida adecuada, en el paso oportuno, en la ley justa; ya en el error, en la deficiencia, en la desviación, porque él se adelantó señalándolos vívida y acertadamente, y porque él ya había concebido y propugnado a la vez por la realización de aquella ley o medida. Minimum de vida pedía Masferrer para los salvadoreños y para los centroamericanos. Pedía para el humilde su vivienda higiénica y barata, su pan infaltable, su vestido decente y también su mínimum de cultura. "Pan y Luz", decía, clamorosa y proféticamente, Masferrer. Pan para el cuerpo y luz para la mente. ¿Por qué sólo la clase privilegiada tiene derecho a la mesa abundante y nutritiva y a la cultura bienhechora? Por estas desigualdades tremendas luchó Masferrer sin fatigarse nunca. Y por esta lucha sufrió calumnias y vilezas. Cuanto más le zaherían, cuanto más le golpeaban con despiadado encarnizamiento, más crecían su fe y lealtad en los principios universales de justicia y de equidad. En medio de cierto simplismo que a veces informa su *Minimum Vital*, se advierte, imbíbita y clara, la esperanza en la culminación de aquellos principios para bien de los hombres.

"Pan y Luz" exigía Masferrer como prin-



Alberto Masferrer
(Murió el 4 de setiembre de 1932)

———

cipio de una lucha que él intuía en sus ensoñaciones y vigilias. Si estas bases no se lograban, juzgaba imposible la conquista del individuo en función de la colectividad. El pan no lo pedía para el humilde como si fuese una dádiva. Lo pedía como resultado de una justa organización del trabajo y de obligaciones a cumplir. De una organización sobre fundamentos de ciencia y conciencia. Donde el humilde fuera importante colaborador en la producción. Donde el humilde dejara su condición degradante de paria, convirtiéndose en ser digno y respetable por su condición humana. Le llamaron "comunista", cuando esta doctrina no la conocía a fondo, y cuando por temperamento e ideales estereotipados. Masferrer no se consideraba tal. Las autoridades le cercaron y estrecharon por creerle extremista, y los otros, los propiamente comunistas, o le adversaban con acritud, o aceptaban sus teorías minunvitalistas como las elucubraciones seráficas de un apóstol. Masferrer, convencido de la verdad de su credo filosófico-social, tenía, para los primeros, serenidad y entereza para rechazar sus amenazas y ataques, y para los segundos, comprensión para atemperar sus exigencias inapropiadas al momento.

Masferrer pedía luz para todos. Su *Leer y Escribir* y su *Cultura por medio del libro*, revelan el afán nobilísimo de este espíritu. Alfabeto y más alfabeto para la redención de la generalidad de los salvadoreños. Alfabeto para el niño y para el adulto, para la mujer y para el hombre, para el potentado y para el pobre. No excluía a nadie de su sueño por desanalfabetizar a sus compatriotas. Convencido estaba de la alteza y bondad de su campaña que a ella redujo, en un principio, toda la vasta obra de cultura y de justicia social. Como el mal es endémico en Centro América, en Honduras y Guatemala se hicieron nuevas ediciones de su *Leer y Escribir*. La ignorancia, la miseria y el alcoholismo —pensaba con dolor Masferrer— son los males que exigen remedio pronto. Pero él sabía que esta obra de extirpación de semejantes males, no estaba confiada sólo a los gobiernos. En Centro América ha existido y existe el equívoco de que éstos son los únicos que pueden y deben realizar las tareas que atañen a la cultura y al desarrollo espiritual. Colaboran, desde luego, pero son incapaces por muchas razones atendibles, de emprender y resolver por sí solos tales tareas. Para destruir aquellas lacras se hará conforme a un plan científico. Se ha difundido mucha literatura plañidera al respecto. ¿Cómo organizar la escuela y cómo extender sus proyecciones en función docente hacia la colectividad? ¿Cómo viabilizar, en una palabra, la pedagogía social? ¿Qué sistemas económicos solucionarán la miseria nulificante? ¿Cuáles las bases éticas, no sólo económicas, para el esclarecimiento del problema de la miseria? ¿Cómo, parejamente, a los dos males apuntados por Masferrer —la ignorancia y la miseria— se debe acabar con el alcoholismo? El maestro señalaba un camino único: la cultura. Ahora, la ciencia económico-social abrió otras rutas, inéditas en aquel entonces, para la solución de esta clase de problemas. Para el doctor Agramonte —repetimos— son problemas sociales el sordo, el mudo, el inválido, el vago. Nosotros, los salvadoreños, además de los ya indicados por Agramonte, sufrimos el del alcohólico en forma inquietadora y disolvente. La ignorancia, la miseria y el alcoholismo, son problemas de cultura, pero también lo son, y en parte muy apreciable y directa, problemas económico-sociales, es decir, de enfoque, planteamiento y realización científicos.

Rabindranath Tagore fué grande —opina Keyserling— no sólo por sus poemas, sino porque fué el creador del alma de la India. Unamuno trascendió el tiempo, porque le nació en la propia entraña al pueblo español. Así Masferrer —visionario y luchador— forjó el alma del pueblo salvadoreño. Masferrer como escritor. Masferrer como maestro. Masferrer como periodista. Masferrer como filósofo se entregó a su pueblo con sinceridad. Puede discutírsele su ideología; quizá no se situó justamente en la hora crucial por razones explicables; pero jamás se le podrá disputar su preocupación generosa por la causa del pueblo. Aun sus mismos errores en política se deben a la incipiencia del ambiente, a la presión de fuerzas exteriores indomeñables, nunca al deliberado e insano propósito de traicionar los principios de la vida colectiva. Pensaron algunos en el país, que uno de esos errores fué el haber participado en política, cuando su posición era la del orientador del pueblo. Sobre todo, en la política nuestra en la cual privan la falacia, el hartazgo, el dolo, que no la intención constructiva, hombres como Masferrer, se retiran desilusionados y pesimistas por no haber realizado sus ideales. El entró en beligerancia por amor a su pueblo. Creyó, ilusamente, ver convertidos en cosa concreta los postulados de su *Minimum Vital*; pero en la escena política se subvertían los valores y se estimulaban los apetitos. Hombres como Masferrer se apartan desgarrados, porque no poseen habilidad para el engaño y el asalto, ni tampoco la capacidad del estadista que les permita gobernar con sabiduría y vigor. Muy bien desde su cátedra de creador del

alma de un pueblo; pero riesgosa su situación en el campo político. Algunos de sus admiradores decían de él lo que un ex alumno exclamaba de José Vasconcelos: *"Que lo prefería en su sitial de conductor sereno de juventudes, que no en el terreno apasionado de la política"*. Masferrer hacía patria, y patria perdurable, en la tribuna, en la cátedra, en el libro, en el folleto, en el periódico.

Llano y complejo canto del amor

(En el *Rep. Amer.*)

Porque el amor me atormentó,
te adoro yo.
—¿Cuándo te conocí?
—No sé.
—Sentí,
algo en mi corazón,
y eso fué...
—¿Otras mujeres amé yo?
—Sí.
—Y si yo las amé, ¿adónde están?
—Ellas han muerto.
—¿Y las recuerdo yo?
—Sí.
Brillan en los bosques solares,
altas, radiosas, esplendentes,
y lloran sus pesares.
Son mis novias lejanas:
son como Annabel Lee
del mar en la ribera de turquí;
como Ulalume
en el lago de Auber
tan misterioso,
y como Ligeia,
bella, imponderable:
poenianas,
extáticas,
profundas;
o como la Djenana de Loti
allá en el Bósforo;
como Mireya de Mistral
allá en Provenza,
y como la francisjammesca
Clarita Ellebeuse,
y la dulce Rosario que en el verso
rasgó su vida por Polimnia el canto.
Mas yo amo el polen vital de lo que existe
en la corola que perfuma al viento;
en la mujer la forma,
la caricia,
el sentimiento alado,
—voz de seda—
y el arrullo en celo de los pájaros
que encienden su plumaje
entre los grandes bosques
de maraña salvaje
y la bestia relincha
ahita del vigor de sus entrañas.
Además de todo esto,
en mi organismo
palpita la Belleza
y siento a Dios en mis corpúsculos
integrando mi ser,
como lo está en la hormiga
y en la lumbre del sol del Universo
que rota eternamente en lo infinito,
como un átomo,
como una mónada
imperceptible.
Porque también me agita en cólera
la mísera justicia de los hombres
y Temis llora de dolor,
mas no vencida,
porque a su diestra tiene el rayo
de Júpiter
y Némesis vengadora
hecha de fuego,
fulmina...

Y por esto yo amo,
y por esto yo canto
esta salmodia helénica y sublime
que esculpiría Fidias en el mármol,
en las columnas jónicas
y en el pórtico del Parthenon.
Grande es Homero,
Sófocles,
Esquilo,
y mi gran padre Platón
que captó el verbo
de Sócrates
hasta el momento en que bebió cicuta.
Yo prosigo,
yo soy
el mismo verbo que en los siglos canta,
el ritmo,
la armonía,
la palabra
y el color que centuplica el prisma
en la paleta del Renacimiento
que fué magia en Leonardo
y habló en el *Moisés* de Buonarrotti
y en el lienzo de Rafael de Urbino.
Yo soy el vate,
el inconsciente
y digo frases que estremecen,
hondas como el océano
y altas como el cielo,
porque siento la lírica pindárica,
Tasso en *Jerusalem*,
Camoens en *Las Lusiadas*,
Homero en *La Odisea*
y además *La Ilíada*
que estremeció la Itaca;
vibro en el *Ramayana* milenario
y en el *Bhagavad-Gita*,
cántica de las criaturas;
y en la mística de Avila,
sus *Moradas;*
en *La Ciudad de Dios*
de aquel que un día
apostató contra los maniqueos;
en el *Paraíso Perdido* de Milton
y en la *Biblia* inmortal.
Porque oigo la música divina
de las sinfonías de Chopín
y en los *Nibelungos* de Ricardo Wagner.
Es el Arte,
clasificado por los hombres,
—los iconoclastas—
insatisfechos de las formas,
el Universo,
que es el Proteo mágico y abscóndito,
el ansia que renueva,
y como Atlas
lleva en sus hombros
el peso de la Tierra
sobre el dorso.
Adelante,
yo voy solo por el mundo
en la cumbre mayor que marca Cronos.
Sólo falta Beatriz,
la imponderable,
o tú, que eres el Trino,
para seguir mi ruta desalado
sobre el misterio de los elementos,
ya en el agua lustral que es pozo vivo,
o sobre el viento eólico errabundo
que al fuego inflama en lenguas colosales
purificando lacras de la tierra,
la única Madre
y entre todas, única,
para la Humanidad
por su hecatombe.
Bajo el plafón de los supremos astros
geometriza el poeta,
—cálculo pitagórico infinito,—
las Osas giran
y siguen los Dióscuros,
Antares, Escorpión,
las Pléyades
y *Yo*
que soy un microcosmo humano,
confundido
en el sencillo mecanismo
etéreo.
Y *Yo* paso,
pero en la eternidad de Dios
soy inmortal.

Armando OCON MURILLO.

Managua, D. N., Nicaragua.
24 de noviembre de 1947.

Historicismo o Metafísica

(En el *Rep. Amer.*)

III

En el campo de la realidad social y en el terreno mismo de los conocimientos teóricos, dos acciones se destacan: la humana y la técnica. De ellas emergen sendas experiencias. Interrogado Unamuno acerca de la objetividad, respondía: ¡Usted será un objeto! ¡Yo soy un sujeto! Por ello, por nuestra condición de sujetos, el humanismo no puede ni debe ser rechazado en nombre de la llamada "seguridad científica", la cual merece considerarse, en el ámbito de una experiencia histórica ya dilatada, como la seguridad de prestarles, a las hipótesis, las categorías que corresponden a los valores universales.

En las esferas de las ciencias sociales contemporáneas, las geniales construcciones de Dilthey y de Weber, dispútanse ahora la supremacía. Este último, en sus densos estudios, con apoyo en procesos de causalidad alcanzó la teoría de los "tipos ideales"; tesis que el mencionado autor mantiene en un marco de respeto escrupuloso a las sucesiones y coexistencias propias del acontecer humano, con lo que logra conservar cierta afinidad con el criterio de Kant. Pero, Dilthey, ve y va más allá: a él le preocupa, fundamentalmente, el curso creador humano. Y pretende abarcar ese curso, partiendo de la vida misma. De la vida histórica, desde luego; vida que le presta a la experiencia humana, el grado máximo de certidumbre.

De acuerdo con la tesis de Weber, lo nuevo apenas se determina en el valor que asignamos a las cosas. Un mero cálculo de interés explicaría así los hechos por él analizados en su sociología comprensiva. Como si tuviesen procesos genéticos análogos a los de las cosas naturales, los productos de la personalidad conviértense en simples fenómenos humanos. Dilthey nos eleva, en cambio, a alcanzar no sólo el conocimiento de los nexos efectivos en el

plano histórico-social, sino, además, la comprensión de la correspondencia de esos nexos y la estructura misma del yo. Así se completan mutuamente los métodos históricos y psicológicos. Así se prestan auxilio en la investigación de la verdad, la *teoría del saber y la hermenéutica*.

Al final de un sueño, sugerente y maravilloso, como suyo, Dilthey consigna sobre la conciencia histórica unos párrafos, que interesa conozcan las nuevas generaciones:

"Sí, queridos amigos, vayamos en pos de la luz, de la libertad y de la belleza de la existencia. Pero no en un nuevo comienzo, despojándonos del pasado. Es menester que a cada nuevo hogar llevemos con nosotros los viejos dioses. Ociosamente buscaba Nietzche, en una solitaria observación de sí mismo, la naturaleza primitiva, su ser sin historia. Fué arrancando una piel tras otra. ¿Qué le quedó entre las manos? Algo históricamente condicionado: la piel del hombre de poder del Renacimiento". Sólo su historia nos dice lo que es el hombre.

Alejandro AGUILAR MACHADO.

San José, Costa Rica, setiembre 1948.

En el Perú, consigue la suscrición al Repertorio con la
AGENCIA MODERNA
En Arequipa. Casilla Correos Nº 102
—o—
En Chile, la consigue con
GEORGE NASCIMENTO y Cía.
Santiago, Casilla Nº 2298.
—o—
En Guatemala, con
Doña MARTA DE TORRES
En la ciudad de Guatemala.
(Callejón Escuintlilla, 8)
—o—
En El Salvador, con el
Prof. ML. VICENTE GAVIDIA
En Santa Ana (Liceo "Alberto Masferrer")

North Cohocton, New York
Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell Susbcription Agencies
Incorporated

Almirante en cuatro actos

(En el *Rep. Amer.*)

(Comenzado el día 14 de Diciembre a bordo de la Estela Maris. *Terminado el 11 de Junio a las 22½ horas).*

El viaje.—

Con bamboleante vaivén
en el "Estela Maris"
vivo una noche de sueños.

Detrás de mí...
estela de recuerdos y espuma
que se pierden en la sombra.

El cielo, sobriamente
vestido de azul oscuro
se enchaquira de luceros.

Y el mar
en mágica fosforecencia
es espejo que refleja el cielo.

El viento arroja en su furia
salado champán marino
que me salpica de espuma.

Abajo con loca orgía
los peces fosforecentes
se emborrachaban sin luna.

La llegada.—

Almirante,
extraña jalea de ciudad y selva
extiende su negro brazo
a recibir la caricia
con que lo besa la nave.

A lo lejos...
más allá del brazo muelle,
casas desparramadas
ahogadas por la selva
y erizadas de palmeras.

La mano vana del hombre
en lucha porfiada y brava
le va robando la sombra
y resembrando calderas.

Moles de piedra y acero
se yerguen entre la bruma;
en vez de verdes palmeras
se yerguen las chimeneas.

La vida.—

Confort importado "from United States"
Se vive, se piensa y se duerme en inglés.

El alma latina trata de luchar
pero es vencida por la realidad.

En las noches plenas de luna
se toma "Scotch and Soda" y se baila Swing.

En su íntima soledad
los cocos caen de tedio.

La partida.—

Llegará algún día?
No lo sé . . .
Lo espero . . .

Dr. Rolando GARCIA MARITANO

Régimen constructivo y Régimen constituído

(En *La Tribuna.* Lima, 13 de julio de 1948).

Cada vez que surge un problema político, patente en algún hecho de armas, las proclamas y manifiestos tejen sus consabidos eufemismos, según el viento y quien lo sople. Uno de ellos consiste en hablar de la "defensa del *régimen constituído*".

A mí me parece esta una de las peores y más inmorales corruptelas de expresión y fondo. Implica, en realidad, la defensa de una cuestión de hecho, no de derecho, y como toda revuelta es un pronunciamiento de hecho, no cabe aniquilarlo en nombre de sólo otro hecho. Al hecho escueto hay que derrotarlo con hechos y derechos. Otra cosa es inconsistente.

Los "regímenes constituídos" pueden ser de cualquier laya: inclusive satrapías y dictaduras. Lo que interesa a los pueblos no son los regímenes *constituídos* porque también puede constituirse un régimen de antropófagos, el cual sería un régimen constituído. Lo que interesa es un *régimen constitucional*. La diferencia salta a la vista. Tanto que para soslayarla se suele apelar a otro eufemismo: "régimen legalmente constituído" puede dejar de ser constitucional y entonces no cabe argumentar en nombre de la Constitución, ley matriz. Si un gobierno es electo de acuerdo con las normas legales, es ya legalmente constituído. Pero, si se sale de madre, es decir, vulnera la Constitución, se vuelve anticonstitucional o inconstitucional sin dejar de haber sido legalmente constituído, pues esta última palabra se refiere a su origen, es un participio pasado, no un indicativo presente, que es azar. Se forman y propagan en virtud de razones de necesidad, de interés colectivo, de preservación ética y jurídica. Por eso, se debe exigir suma pulcritud en quienes manejan las palabras en nombre de las colectividades. No cabe, pues, hablar de un "régimen constituído", ni de un "régimen legalmente constituído", pues lo primero reconoce sólo una situación de hecho —estar constituído— y lo segundo una constitución legal, en su principio, no en su presente. Se debe hablar lisa y mondamente de un *régimen constitucional*. Así no caben subterfugios ni eufemismos.

Y ¿qué es un régimen constitucional? Pues, uno que vive actualmente ceñido a la Constitución, sobre la cual no debe imperar voluntad alguna. A un gobierno así nadie puede negarle un asentimiento y adhesión, sin lo importante.

Las palabras y las frases no existen por cometer un delito.

En la historia americana, tan llena de oscuras pasiones, mezquinos rencores, tenaces ensimismamientos y retrógradas algaradas, nada es tan útil como precisar los conceptos para orientar mejor la conducta pública y privada. Dejémonos, pues, de términos vagos. Nada de "régimen constituído" ni "régimen legalmente constituído", ni "gobierno constituído", que todo eso encubre grueso contrabando antipopular. Hablemos francamente de "régimen constitucional", "sistema constitucional", "realidad constitucional" y habremos encontrado el punto de apoyo para dar impulso al progreso político, económico y moral de nuestras naciones.

Desde luego, con permiso de los especialistas en Derecho, a quienes, más que nadie, corresponde coadyuvar con doctrina y ejemplo a semejante tarea.

Luis Alberto SANCHEZ.

Justo Sierra y su fe en México

Por *Samuel RAMOS*

(En *El Nacional* de México, D. F.)

(Discurso pronunciado en la Escuela Nacional de Maestros, en el homenaje a Don Justo Sierra).

Guardo una vieja admiración por el maestro Justo Sierra que data de la época en que era yo estudiante. Mi primera visión de la Historia Universal fué a través de las páginas deslumbrantes del texto que redactó para los estudiantes de la Preparatoria. Sin tener todavía una capacidad crítica, sentía, al leer aquellas evocaciones magistrales del pasado, que su autor era un hombre extraordinario, aun cuando mi razón no podía explicarme los motivos de aquel sentimiento. Impulsado por esta admiración, quise conocer otras obras de Justo Sierra y, a través de los años, la primera impresión juvenil, fué confirmándose y justificándose, al ir descubriendo todos los valores de la obra y la personalidad de esa gran figura de la intelectualidad mexicana. Yo diría que esta figura cubre toda una época de la Historia de México y la salva moralmente, como una fuente de luz que se enciende para disipar las sombras. Representante y servidor del régimen porfiriano, fué Justo Sierra un hombre que por la grandeza de su espíritu se colocó muy por encima de los hombres y las circunstancias de su tiempo. Su conocimiento de la historia de México y su amor patrio, le dieron una conciencia muy clara de los vicios de su régimen y de los efectos que podían provocar en su futuro inmediato. Pero al avizorar el lejano porvenir fué siempre un optimista que creyó en los destinos de su patria. Impulsado por su vocación de maestro y a favor de sus oportunidades políticas, asumió la jefatura de la educación nacional, con esa grandeza de miras que está a la altura de la que tuvieron Andrés Bello en Chile, Sarmiento en Argentina, Hostos en Santo Domingo. Como estos eminentes espíritus Justo Sierra figura en nuestra Historia como uno de los forjadores del alma nacional. Por eso en este primer centenario de su nacimiento, las Escuelas Normales quieren rendir un ferviente homenaje al hombre que entregó su gran inteligencia y cultura y su pasión por el bien patrio, a edificar y consolidar de un modo imperecedero los instrumentos más eficaces para realizar una obra de educación nacional, que comprendía desde la enseñanza elemental hasta los estudios universitarios. Lo que da el supremo valor a las creaciones de Justo Sierra en el campo pedagógico, es que no se limitó a ser un artesano frío que ordena y calcula, quedando siempre en las exterioridades de la obra, sino que fué un artista que daba el alma a sus creaciones y les imprimía una personalidad. Nosotros reconocemos en Justo Sierra a un Maestro de Maestros, cuyo espíritu ha dejado huellas perdurbles en el proceso de nuestra educación pública. Es un hecho que nuestra actual educación pública no hubiera tomado las proporciones que hoy tiene de no haber recibido un impulso vigoroso hace cerca de cincuenta años, de manos de Justo Sierra. La educación primaria, la educación normal, le deben inspiraciones que se han incorporado ya a la Historia de nuestras instituciones pedagógicas. Hace poco, recordábamos con gratitud y veneración que en las cenizas de la caduca Universidad Pontificia, hizo renacer Justo Sierra, como el ave Fénix, la moderna Universidad de México.

Pero al lado de la magna obra realizada por Justo Sierra como Ministro de Instrucción Pública, no debemos olvidar su obra personal como poeta, escritor, historiador y maestro en la cátedra. No fué en estos campos un diletante, sino un hombre formado en severas disciplinas de estudio que dieron profundidad y solidez a su cultura. Cultivó en particular la Historia, elevando esta ciencia a un alto nivel, gracias a la universalidad de su inteligencia y su cultura, versada enciclopédicamente, en las artes, la poesía, la filosofía, las ciencias. Le atrajo la Historia, porque ésta se ocupa de la vida y la pasión del hombre que él amaba por encima de todo. Fué un humanista en el sentido más noble de esta palabra, es decir, un espíritu al que nada de lo que es humano le es ajeno. Su humanismo le permitía comprender y valorizar los personajes y acontecimientos del pasado histórico que encontraban en él un juez lleno de simpatía y de equidad. Justo Sierra escribió *La evolución política del pueblo mexicano*, que es una de las mejores síntesis de la Historia de México, que conserva hasta ahora plena validez en muchos de sus juicios e interpretaciones. Y lo que es admirable en este hombre que escaló las cimas del espíritu en América, es su gran fe en México, su gran amor a la patria. Diríase que en sus manos la historia que él hizo tan honesta y con tanta objetividad, es sólo un medio para encender en los mexicanos el culto de la patria. Véase por ejemplo, en estas palabras en que el historiador cede el puesto al educador. "Convertir al terrígena en un valor social (sólo por nuestra apatía no es) convertido en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad del idioma, de aspiraciones, de amores y de odio, de crítico mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de una patria grande y feliz; crear en suma el alma nacional, esta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, este es el programa de la educación nacional. Todo cuanto aspire a realizarlo y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo".

Justo Sierra es uno de los modelos más altos que se puede ofrecer a los hombres de América de cómo se debe asimilar la cultura europea sin sufrir, la expresión de un escritor suramericano, las "vicisitudes del descastamiento". En realidad Justo Sierra encarna el ideal de la cultura hispano americana que es y ha sido, absorber los valores espirituales de nuestros maestros de Europa, no para expatriarnos del suelo nativo, sino para desarrollar y fortalecer nuestra personalidad nacional. Ahora bien, en Justo Sierra se da precisamente este tipo de hombre en que la superioridad de una cultura universal, viene a exaltar los sentimientos nacionales, los cuales se aplican a la realización de una obra en bien de la patria. Pudo haber sido Justo Sierra una de estas figuras frecuentes en la intelectualidad hispano americana que se aislan en su torre de marfil y resultan inoperantes en el movimiento de nuestra historia social. Pero sucedió al contrario, que este hombre de una refinada cultura, empeñó su voluntad y sus energías espirituales, en una empresa de trascendencia general, de manera de comprender al niño y al adulto, al iletrado y al hombre de sabiduría más encumbrada. En la intención de su obra estaban incluídos, sin distinciones, todos los componentes de nuestra sociedad mexicana.

No puede caber mayor satisfacción para mí que haber tenido el honor de ser designado para hablar en esta ocasión solemne. Así me es dable rendir homenaje de admiración a un hombre que por su excepcional personalidad, por su labor como hombre público, merece el culto de su patria. Yo estoy seguro que mis sentimientos personales, son al mismo tiempo los de mis colegas, pertenecientes a la institución que yo represento aquí. Es ejemplar la vida del maestro Sierra, como ciudadano y como hombre privado. Aparte de las instituciones por él creadas, conservamos una obra escrita, en la que figuran poemas, artículos, ensayos, discursos y libros enteros que por sus excelencias quedarán como textos clásicos, no sólo en la literatura mexicana, sino en la de todo el continente. Como escritor Justo Sierra llegó a conquistar un estilo que lo coloca al lado de los mejores prosistas hispano-americanos.

La presencia de sus restos mortales en este recinto, más bien proyecta nuestro pensamiento hacia el espíritu del maestro que vive todavía en un reino ideal donde los hombres buenos, que han contribuído a desarrollar lo mejor que tiene un país que es su cultura, gozan de la inmortalidad.

"Norte y Sur" de Salvador Reyes

Por *Juan MARIN*

(En el *Rep. Amer.*)

El día que Salvador Reyes dejó de escribir (o de publicar) poemas, la Poesía chilena perdió uno de sus más firmes sostenes, una voz original y pura. Pues, si la Mistral representa lo místico-cristiano y Neruda lo crepuscular y subterráneo, si Cruchaga es el amor ultra-espiritualizado y Díaz Casanueva la angustia envuelta en mitos y filosofías, si Huidobro es la aritmética o la acrobática intelectualización de la poesía y Undurraga es el soplo naturalista y panteístico del verso, Reyes en cambio, constituía todo un capítulo aparte: él era el gran romanticismo de la más fina ley, era la invitación a la aventura y al viaje, la tentación irresistible de los grandes horizontes, la comunión con el mar y los vientos, la identificación con lo heroico y aventurero. Era, en una palabra, el aliento romántico que vitalizaba la poesía chilena. Pero, esa pérdida de nuestra lírica es una amputación sólo a medias pues, felizmente, Salvador Reyes continúa escribiendo prosa y en ella volvemos a encontrar todos los ingredientes y atributos de su poesía, aun esa musicalidad tan suya y única, ese amplio ritmo como de velero en alta mar que anima su lenguaje, esa especie de juego a voluntad con las palabras y los ritmos, esa maestría insu-

perable que demostró desde "Barco Ebrio" y "Mareas del Sur" y que nos muestra hoy en plenitud de madurez en su "Norte y Sur".

"Era en el olor donde se percibía el alma de la ciudad: olor vegetal, olor a fruta y también olor a tierra. Aún en invierno, cuando por encima de las anchas paredes de adobe, los árboles asomaban sus ramas desnudas, el viento paseaba el sutil perfume de los enormes pimientos de verdor perenne que adornaban la Plaza de Armas, la Alameda y algunas calles apartadas. Entonces, después de las lluvias, el sol evaporaba un olor bueno y picante a tierra húmeda. En verano, se olía la tierra seca, el damasco jugoso, la chirimoya de pulpa blanca y azucarada, la lúcuma, cuya carne amarilla envolvía el hueso brillante, de color caoba; la pera, el durazno, el níspero, con su aire ligero y dorado de palomilla. Subía de los huertos ese aroma penetrante al cual se mezclaba el olor a tierra como para darle cierta tonalidad. Era también en el olor donde se respiraba el alma de la casa: olor ligero que se desprendía de los muebles de caoba, de jacarandá, olor goloso que se escapaba de las alacenas cargadas de dulces de alcayota, de membrillo, de naranja. Y había también el perfume penentrante de los jazmines subiendo, en las noches de verano, desde el rectángulo del jardín, bajo la luna".

El poder de evocación de estas líneas no dejará de conmover a nadie, ni al más impermeable de los lectores. Hay aquí todos los elementos de la poesía, desde la imagen fresca y recién creada como en Valéry, hasta la "música antes que nada" que recomendaba Verlaine; desde el color "rimbaudiano" hasta la sensación olfatoria y rural de un Francis Jammes. Pero hay mucho más que eso: hay la asombrosa capacidad de penetrar, de descender, de remontar y de reconstruir la vida con una fuerza y potencia que sólo encontramos en los grandes maestros de la novela. Leyendo este libro no podemos dejar de evocar al genio de la novela americana, el escritor del cual nace o deriva todo lo que hay de moderno y grande en la literatura norteamericana actual: Thomas Wolf. Es claro que hay diferencias: Wolf es ciclópeo, es un titán de la novela, una cordillera, algo miguelangélico y rodinesco que produce admiración y espanto al mismo tiempo, mientras que Reyes es moderado y discreto, escribe como a la sordina, en un tono de confidencia y de media voz que da un encanto especial a sus escritos. En "Norte y Sur" Chile se nos aparece en una dimensión especial de realidad subjetiva como si al pasar por los filtros literarios del poeta, aquello que hay de más bello y grato en nuestra tierra y en nuestros mares cobrara un realce especial y lo demás es esfumara en lejanas perspectivas. Una linterna mágica es la creación de Reyes, que colora y perfila los rasgos más hermosos de Chile.— Copiapó, Antofagasta, Magallanes se muestran ante nuestros ojos con toda la realidad de su verdadero ser pero al mismo tiempo iluminados con una claridad poética particularísima. Esto es magia, esto es poesía, esta es la magia del arte que sólo un poeta puede realizar. —De otro lado todo este conjunto de evocaciones e impresiones descriptivas, sensoriales y anímicas no es cosa muerta y yacente que se nos ofrezca como un bouquet de flores en su vaso o como joya preciosa inmovilizada en fino estuche. Aquí hay trama, hay vida, hay acción. Los personajes de Reyes viven, se mueven y actúan. Hay color de aventura y calor de vida en ellos, no son simples fantoches inanimados sino que son seres que sufren, gozan, sueñan, aman la vida e incluso juegan peligrosamente con la muerte. Hace algunos años Salvador Reyes fué considerado como el jefe de la escuela literaria "imaginista" en Chile, escuela que, con o sin fundamento era exhibida como un grupo opuesto al "criollismo". Las filas del "imaginismo" eran ralas y siguen siéndolo, al revés del criollismo que siempre fué sólido y frondoso. Entre los imaginistas formaban Hernán del Solar, Luis Enrique Délano y algunos otros. Nuestro libro de cuentos "Alas sobre el Mar", aparecido en esa época con un prólogo de Salvador Reyes, nos ubicó evidentemente bajo esa bandera. El órgano de combate de los imaginistas era la revista "Letras" dirigida por Reyes y Délano. El libro que hoy comentamos muestra que el autor de *El Ultimo Pirata*, *Los Tripulantes de la Noche* y *Ruta de Sangre* sigue siendo fiel a sus principios y a sus predilecciones de hace quince años. En verdad nadie como Reyes en nuestra literatura logra combinar tan sabiamente la realidad con la fantasía, lo humano y cuotidiano con lo onírico y fantástico. Sus cuentos de "Lo que el Tiempo Deja", parecen ser un preludio de este "Norte y Sur" o al revés, este último nos da la impresión de ser la continuación de una charla iniciada con el autor en aquel otro libro suyo. Hay aportes nuevos: la región magallánica ha producido en Reyes, como en todos los que la visitan, una honda e imborrable impresión; pero, es el norte, la tierra natal, la que sigue nutriendo las fuentes secretas de su creación artística, porque es la zona vinculada a sus impresiones de infancia.— Celebramos sinceramente que las obras de Reyes estén siendo traducidas al francés y obtengan los triunfos que se merecen en otros escenarios culturales y ante otros lectores. Pero, para nuestro gusto, a Salvador Reyes hay que leerlo en su propia lengua, en español: allí es donde su estilo tiene todo su verdadero embrujo poético y despliega toda su sugerente musicalidad.

"SELECTA"

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA Y SUPERIOR

Respeto a los derechos individuales

(Editorial de *La Prensa* de Buenos Aires, 23 de agosto de 1948).

En los Estados Unidos, un comité parlamentario está investigando las actividades del espionaje durante la reciente guerra, que pudieran haber comprometido para en adelante la seguridad y la eficaz defensa nacional.

Sobre los poderes que sería necesario reconocerles a los investigadores, en presencia de peligros ciertos para aquel supremo interés, ha llegado a pensarse —según la denuncia una correspondencia telegráfica publicada en nuestra edición del sábado 21— que si expone a cometer injusticias contra ciertos individuos, ellas serían disculpables por los efectos del temor infundido a todos los que conspiraran o intentaran conspirar contra la nación.

El sentimiento público se rebela ante la idea de que haya de admitirse el sacrificio de personas inocentes bajo la invocación de que sea ese, en todo caso, un medio inevitable de llegar al benéfico fin propuesto. La admisión de poderes tan extraordinarios y discrecionales como los que permitirían prescindir de la certidumbre completa en la prueba legal antes de imponer un castigo, traería aparejados males de tal magnitud para la preservación de los derechos más respetables del individuo, que las ventajas momentáneamente obtenidas — si llegaran a lograrse— representarían un beneficio insignificante, en modo alguno justificativo de la quiebra total de los principios que más sólidamente fundamentan el orden político. Parece innecesario decir que nos referimos al orden político establecido sobre la

ANTONIO URBANO M.

"EL GREMIO"

TELEFONO 2157
APARTADO 470

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José — Costa Rica

base de los derechos públicos a la libertad, a la defensa propia y a la aplicación de las sanciones penales solamente a los encausados cuya culpabilidad quede demostrada por los medios comúnmente admitidos en el procedimiento judicial.

Alegar que la vara alzada ante el presunto delincuente ha de caer sobre él aun en caso de duda, es dar paso a las más crueles injusticias y aceptar, a la vez, la monstruosa conclusión de que la acción fiscal se dirige ciegamente, no a averiguar la verdad, sino a ofrecer de cualquier modo un responsable aparente del hecho delictuoso o que se supone que lo sea.

No puede existir razón alguna de Estado que obligue a admitir tesis semejante. El único fin aceptable del Estado es el de servir a la sociedad, velar por su tranquilidad y bienestar y por el respeto debido a cada uno de los hombres y mujeres que forman parte de ella. Durante la reciente contienda, los pueblos democráticamente constituídos hicieron de esos principios el objetivo esencial de la lucha en que se empeñaron y de la que salieron victoriosos. Iban a tratar de imponer en el mundo esos conceptos de gobierno en oposición al tiránico y retrógrado sistema que concluyó por denominarse totalitario, como expresiva manera de caracterizar su espíritu de dominación absoluta; de mando ejercido sin obligación de dar cuenta a nadie de sus actos, ni de responsabilizarse por sus consecuencias, que le permite proceder según el exclusivo discernimiento del dictador prescindiendo de la opinión del pueblo y de las salvaguardias protectoras del interés individual en cualpier sentido.

Sería alarmante para los destinos de la humanidad que después de sacrificio de millones de seres por salvarla de la arbitrariedad despótica, aparecieran en alguno de los países comprometidos a impedir su nefasto reinado, entidades legislativas, administrativas o judiciales investidas de atribuciones que importaran, en la práctica, acordarles el ejercicio de un poder de naturaleza análoga, en el fondo y en la forma.

Quedan, por desgracia, organizaciones de tipo similar que en vano intentan disimular su índole con designaciones engañosas. Las naciones de occidente de Europa y la poderosa república del norte, resisten a su expansión imperialista. Pero sería un modo de ceder al influjo de sus tendencias admitir en su seno, si siquiera por excepción momentánea, nada que se parezca a las normas propias de una dictadura, pues por ahí se incia el camino de su dominación sin límites.

El autor de la correspondencia que se ocupa del asunto recuerda cierto pasaje de un artículo aparecido en *The Times*, de Londres, hace más de un siglo, y que recobra actualidad en presencia de este y otros peligros que infunden explicable inquietud. A nosotros, como a dicho escritor, también nos parece que vale la pena trascribiro y meditar sobre su contenido.

"Las más grandes tiranías —decía *The Times*— tienen los más pequeños comienzos. De los precedentes desdeñados; de las súplicas despreciadas, de las quejas tratadas con desdén; de los hombres impotentes oprimidos con impunidad y de los hombres despóticos tolerados con complacencia, surgen los usos tiránicos que generaciones de hombres prudentes y buenos pueden más adelante percibir, lamentar y resistir en vano. En la actualidad, las inteligencias comunes ya no ven una tiranía agobiadora en la trivial injusticia o en la desenfadada indignidad, así como el ojo, sin la guía de la razón, no puede discernr el roble en la bellota ni la desolación del invierno en los primeros fríos del otoño. De aquí la necesidad de denunciar con incansable y hasta con molesta perseverancia un simple acto de opresión. Toléreselo, y quedará como constancia. El país lo ha permitido y cuando, por fin, se vea provocado a una tardía indignación, se encontrará amordazado con la constancia de su propia indebida tolerancia".

El tesoro perdido
MENOSPRECIO DEL TIEMPO

Por *J. A. OSORIO LIZARAZO*

(En *El Tiempo*.
Bogotá, 25 de enero de 1947)

Cada uno de los actos humanos tiene que desarrollarse dentro del tiempo y estar sometido a él. Y el tiempo es el más relativo de todos los valores, y el más efímero. Algún filósofo pragmático estableció la tesis de que el tiempo es dinero, y el pueblo más práctico de la tierra incorporó el axioma dentro de su código de procedimientos. Para los pueblos latinos, que somos más idealistas, el tiempo no es sólo dinero, es oportunidad de mejorar nuestra condición mental, de afianzar y pulimentar nuestra personalidad, de cultivar amorosamente nuestro romanticismo, de servir a una causa común o de consagrar en el ara recóndita del egoísmo nuestra propia estimación.

Pero pragmática o románticamente, de tiempo estamos hechos. Cuando medimos el que nos queda, sentimos ramalazos de angustia: es tan reducido, aun cuando se prolongue por encima de los años y de los lustros! Y dentro de esa pequeñez tenemos que hacer todavía muchas cosas: estudiar sin descanso, leer, exaltar nuestras facultades intelectuales, perfeccionar y concluir nuestra obra. No todos lo sienten así: y hay gente que vive dentro del tiempo sin saberlo, lo mismo que el pez dentro del agua: sin darse cuenta de sus movimientos ondulatorios ni del medio vital.

Nosotros, ni los unos ni los otros, hemos valorizado justamente el significado de nuestro tiempo: lo menospreciamos, somos pródigos con él, lo invertimos de manera absurda, no lo sujetamos a un plan determinado, porque debemos estar pendientes de incontables circunstancias externas. Esta malversación del tiempo es una de las causas por las cuales el bogotano será siempre un pueblo desordenado. Todos carecemos del sentido de responsabilidad no sólo respecto de nuestro tiempo, sino del ajeno. Los funcionarios públicos, los empleados del transporte, los de las comunicaciones, todos ostentan una indiferencia magnífica ante la inquietud por el tiempo ajeno.

Cada uno de los actos cotidianos requiere un tiempo muy superior al que debería invertirse normalmente. En las oficinas públicas se hace un lío con la más pequeña diligencia: pagar un impuesto, por ejemplo, o comprarse una estampilla. Los altos funcionarios se han ingeniado para establecer métodos y sistemas que confluyen en arrebatarles el tiempo a los ciudadanos. Para pagar un apartado de correo, por ejemplo, es preciso visitar tres o cuatro oficinas, comprar estampillas en una parte, hacer colas en otras, volver a otra oficina porque se olvidó una firma, y gastar así nuestro tiempo. Los empleados reciben al público con ejemplar displicencia: mientras usted espera, ansioso, el funcionario suele irse a tomar tinto, o se pone a relatar anécdotas con el vecino o deja vagar la imaginación por los espacios de su preocupación interior. Esto es en todos los ministerios. El más humilde de los funcionarios, es dichoso si le puede decir a alguien que vuelva al siguiente día, porque con ello, demuestra su importancia. Podría hacer en seguida lo que el público necesita; pero la fórmula de "vuelva mañana" los venga de su propia insignificancia y de las humillaciones que han padecido.

El ciudadano tiene que cumplir sus deberes con el Estado; pero el Estado complica tanto las cosas más sencillas, que esta obligación se hace odiosa, por los procedimientos. Oficinas relacionadas entre sí, entre las cuales hay que correr dos o tres veces, están situadas a gran distancia. En cada una de ellas hay que dejar dos o tres firmas, suministrar una serie de informes y hacer otras confesiones. Empleados indolentes cuando no ásperos reciben calmosamente al público. Mientras tanto, atienden otras cosas, responden a otras preguntas de los compañeros, que no saben lo que deben hacer, y se equivocan, por lo cual tienen que llenar otros formularios y romper los que estaban haciendo. El papeleo impera majestuosamente en todos los actos oficiales, y los empleados son felices llevando cuadernos, escribiendo notas inútiles, pidiendo firmas y preguntando datos.

Cuando, el otro día, me puse a llevar la estadística de un lapso de diez horas en un día cualquiera, me sentí lleno de desesperación y angustia. Sólo una mínima parte de mi vida puede ser aprovechada y eso en un sentido que a mí me parece inútil y que, posiblemente, a otros les parecería idiota: pero me guiaría por mi propio criterio. El resto se habrá de desperdiciar en actos inútiles, baladíes o absurdos, provocados, la mayor parte, por la irresponsabilidad con que toda la gente mira el tiempo ajeno. He aquí la estadística de diez horas de un día:

Esperando vehículos para trasladarme de mi casa, en un barrio apartado al centro y viceversa, cuatro veces (12 minutos, 21 minutos, 7 minutos y 18 minutos respectivamente)	58
Esperando ascensores en diversas diligencias	27
Haciendo antesalas para hablar con cuatro personas diferentes, dos de ellas empleados públicos	112
Esperando en el teléfono que me pidan el número para seis llamadas	23
Esperando que me comuniquen	12
Dos veces me dieron el número equivocado	7
Esperando que mi presunto interlocutor pase al teléfono (un momentico, señor, voy a llamarlo)	9

Diligencias para despachar por el correo un paquete de dos libros al exterior (llenar formularios, hacer declaraciones, comprar estampillas, etc.) . . .	58
Pagar el derecho de timbre para una letra con la cual me cancelaron una deuda de cuarenta pesos, al cabo de dos meses de cobranzas	46
Viajando en tranvía o en bus, comprimido, magullado y en prensa, cuatro viajes de a 45 minutos	180
Tomando dos tintos (el tiempo estrictamente necesario para el servicio) . .	9
Saludando conocidos y escuchando consejos para mejorar mi vida, para hacer mejor las cosas y más prácticas o escuchando confidencias políticas o sentimentales	94
Visitando a un médico (5 minutos de consulta y 56 de antesala)	61
Total	696

Once horas y treinta y seis minutos de un día cualquiera se han invertido de esta suerte. El resto del día lo he destinado a leer los periódicos, al aseo personal, a escribir algunas cartas y a otras cuestiones que dependen de mí mismo y que acaso sean los únicos lapsos realmente aprovechados.

Entonces me hago un cálculo tremendo, que me produce la desoladora conclusión de la absoluta inutilidad de los días que me restan sobre la vida. Calculo un promedio diario de diez horas en estos diminutos menesteres. Invierto siete en dormir y dos y media en otras ocupaciones, como comer, afeitarme, etc. De donde debo deducir que de cada día sólo podría disponer para algún fin provechoso, de cuatro horas y media: pero aun en esto fallo, porque no estoy seguro en la definición de la frase "fin provechoso" y a lo mejor, los actos que creo de alguna importancia sean más inútiles que todo eso: preparar, por ejemplo, uno o dos libros más.

Si todos los tiempos individuales de sujetos capaces de contribuir al bienestar colectivo se gastan de esta manera y si lograra establecerse estas pérdidas en guarismos, encontraríamos que diariamente, los bogotanos arrojamos por la borda, millones de posibilidades mientras esperamos con la bocina al oído el "qué número", mientras desciende el ascensor hasta el piso donde nos hallamos, esperándolo o mientras un portero se digna atendernos.

J. A. OSORIO LIZARAZO.

Libros colombianos y venezolanos

Ediciones antiguas y modernas

Colecciones completas de Boletines y Revistas agotadas

Lo que no tenemos lo solicitamos

Pedro R. Carmona

Apartado Nacional 12-37

Bogotá, Colombia

A cazar... su propio rabo

(En el *Rep. Amer.*)

Un día de sol, miraba sin mirar cuando vi sorprendido un perrito que giraba como rueda loca.

Qué extraño, pensé, ¿qué le sucederá a este sujeto?

Pues nada.

El perrillo había visto la punta de su propio rabo y se imaginaba que algo ajeno a él, era.

Se dispuso, caninamente, a darle alcance.

Con gran cautela se fué volviendo fauces abiertas y colmillos listos... pero la víctima escapaba!

Otro intento y...nada!

Pensó en ese momento el amigo perro, que era necesario usar rapidez y ser decidido y emprendió veloz persecución.

Corría el perro, giraba más bien y siempre a distancia invariable el maldito rabo!

Imposible resultaba cazarlo!

Ay compañero! Me parece a ratos que como el perrito estamos empeñados en la cacería de nuestro posterior ápendice y como él giramos y giramos ante la sorpresa ajena y sin lograr nada... más que caer al final agotados de tan gran faena!

Y si para alguien, creyendo que el rabo transeúnte es el mismo al que necesitamos darle alcance, corremos tras el otro y clavamos el colmillo en el pobre rabo que inocentemente pasó a nuestra vera!

Juan José CARAZO.

Costa Rica. 1948.

(Viene de la pág. siguiente)

porque todos los días hacía declaraciones, contestaba ataques, tomaba parte en polémicas, como cualquier ciudadano.

Cada ciudad costarricense está unida por el amor de sus carreteras. Por eso Costa Rica es una sola ciudad, en la que vive una sola familia. Y hay que visitar las casas en que la vieja hospitalidad sigue siendo el más limpio tesoro. Invitan a tomar el café —el mejor café de Costa Rica se bebe en Inglaterra, pero el mejor del mundo sólo en Costa Rica— y hay en el aire, en los manteles, en las sonrisas, una distinción tal, que cada uno de los de la familia agasajante es un príncipe que procura superar al otro en la cordialidad, la sencillez, el afán de agradar y servir.

Escazú es una población que está al alcance de la mano, a poco de haber salido de San José. Su sólo nombre es una seducción. Se dice que hay allí corrientes subterráneas que los brujos auscultan. Pero lo que da un sello propio a tal sitio de paz y de hechizo son sus casas, su silencio, su sol, su intimidad. Un gran amigo mío me llevó a conocer una de ellas, sin anticiparme la sorpresa. Vive en ella como retirada del mundo, gozando de paz perfecta, una maestra que viajó por las tierras ilustres de la cultura, y que al cabo de los años prefirió fugarse del bullicio y la ostentación, para labrar con sus propias manos, sin hacer gastos superfluos, el recinto maravilloso en que vive su gran vida interior. Ha logrado demostrar con su ejemplo que no se necesita disponer de dinero para encontrar la felicidad entre cuatro paredes, de esas que visitan a diario, discretamente el aire, la poesía y el sol. Compró una casita de labriego, la aseó, la pintó, le hizo adaptaciones para disfrutar de comodidades elementales y desde la entrada hasta la puerta aquella mansión no se cambiaría por el palacio del príncipe Jacinto que creyó tenerlo todo en un estupendo apartamiento de París. En cada casa —aquí un hierro viejo, allá un baúl, acá un pergamino o un rostro inmortal en la tela— la maestra ha puesto ese resplandor que sólo puede irradiar de las armas y las manos en diario trance de alegría. Cuando le pregunté por la *guaria* —la orquídea que es la flor heráldica de Costa Rica— me la mostró a punto de abrir sus pétalos.

Hay veces —me dijo— que al despertarme al canto de los gallos siento cómo se despiertan mis orquídeas, como si estuvieran pensando en su montaña...

Amor a las flores, a los niños, a la tierra que da ciento por uno, a sus héroes civiles, sus maestros; esta es la salvación de ese pueblo que trabaja, ama, sueña. Lo que tiene lo ha hecho con sus propias manos, pero no ha desdeñado la colaboración de las que han llegado de fuera para darle nuevos estremecimientos, nuevas formas de la cultura. En esa tierra los gobernantes españoles no dejaron obra digna de aprecio; la tuvieron abandonada, y acaso por eso el costarricense se refugió en sí mismo, se aisló en lo suyo propio, en el trabajo, en la disciplina, la fuente de su felicidad. Una felicidad modesta, pero que sigue siendo su orgullo y que explica por qué no ha querido unirse a otros países en que el desdén al trabajo, el amor al desorden, la falta de escuelas, el desprecio al educador, el afán de vivir del empleo público, la falta de Educación, en fin, seguirán siendo los mejores aliados del retroceso. Por eso Costa Rica es el pequeño gran país de América y por eso su paz, su democracia, sirvan de meta y ejemplo.

México, D. F.

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

La señorita Adela Leal y otros maestros de Santa Cruz de Guanacaste contribuyen con ₡ 11.00.

La señorita Jenarina Ramírez Barrantes, en Heredia, contribuye con ₡ 5.00.

Don José Miguel Zúñiga, en Limón, contribuye con ₡ 5.00.

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

Si quiere suscribirse al "Repertorio Americano" diríjase a

F. W. FAXON Cº

Subscription Agents

83-91 Francis Str.

Back Bay

Boston, Mas. U. S. A.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Un pequeño gran país: COSTA RICA

Por *Rafael Heliodoro VALLE*

(Envío de *Mario José Vargas*, en San José de Costa Rica y en 1946...)

Lo que más me llamó la atención en Costa Rica, en mi primer viaje, fué sus escuelas. No creo que las haya mejores en el resto de Hispanoamérica. Son el lujo de esta tierra. Son la fisonomía de un pueblo que tiene fe en sí mismo y que ha logrado progresar sin recurrir —como los otros de Centro América— a los torrentes de sangre. Los torrentes más hermosos que hay en Costa Rica son de agua, un agua que desciende como bendición incesante de nubes y de montes, invitando a los moradores a la faenas cuyo testimonio es el pan.

El Ministro de Educación Pública, señor Zamora Elizondo, al llevarme a uno de los alrededores de San José, me dijo:

—Nosotros no podemos enseñar como México magníficas joyas de arte, museos y palacios, templos coloniales. Però nuestro orgullo son las escuelas. Y lo que más nos gusta es que la gente de los pueblos es la que viene a pedirnos que se las construyamos.

Visité Escazú, Desamparados, Goicoechea, y en verdad que los mejores edificios, modernos a cual más, con esa luz interior de las casas en que viven almas, son las escuelas. No llevan nombres de héroes con espada sino de hombres que enseñaron a los niños, que aconsejaron a los adultos o que han escrito páginas bellas o que han sido reformadores de la educación popular: Juan Rafael Mora, Mauro Fernández, Joaquín García Monge, Omar Dengo. En Costa Rica los más hermosos monumentos públicos son las escuelas. Hay otros monumentos dedicados a los genios de nuestra América: Bolívar, San Martín, Sarmiento, Hidalgo, Maceo. Costa Rica tiene más maestros que soldados. Ha tenido uno de los generales verdaderamente ilustres que enorgullecen a Centroamérica: don Juan Rafael Mora, Jefe de los Ejércitos de los cinco países cuando éstos se unieron para defenderse contra el filibustero William Walker. Pero Costa Rica no es clima propicio para que se desarrollen los generales. Conocí a uno, el general Jorge Volio, que lo fué accidentalmente y que es Director de la Facultad de Filosofía y Letras; y sé que hay otro que, como buen periodista, ha preferido derramar la tinta...

En Cartago, en Alajuela, en Heredia, en San José, por donde quiera que fuí qué escuelas, qué maestros, qué muchachos estudiosos, qué maestros más estudiosos todavía! Dá gusto verles trabajar. Eentré en Heredia al aula de Literatura Hispanoamericana para escuchar la lección, y qué gran sorpresa me dió la maestra explicando y discutiendo con los alumnos el texto de *Martín Fierro*. En seguida me llevaron a ver la biblioteca del Liceo, el laboratorio de Química, el aula en que las señoritas aprenden a cocinar, el busto hermoso de Omar Dengo, uno de los hombres más puros que han pasado por aquella tierra.

En el Liceo de Costa Rica los alumnos son los que organizan las fiestas, mantienen las disciplinas, vigilan la limpieza y son los más fieles colaboradores del Director. El Colegio de Señoritas es otra colmena atareada, ejemplar con esa atmósfera que sólo es posible en las residencias del espíritu. Al salir de una de ellas un maestro me contó:

—El sabio Henri Pittier, a quien tanto debe Costa Rica por sus investigaciones biológicas, vendrá a pasar los últimos días de su ancianidad entre nosotros, porque se ha resuelto invitarle a que sea huésped vitalicio de la Nación.

Otro día fuimos a conocer un dispensario para tuberculosos, próximo al cráter del Irazú. Un médico insigne fué el iniciador de esta obra que, con justicia, ufana a los tisiólogos, que en sus estudios avaloran la santa casa: el médico fué Presidente de la República y se llamaba Carlos Durán, el mismo que decía que sus mejores compañeros eran los buenos vinos, los buenos cigarros y los buenos caballos.

La ciudad de San José es pulcra, suave, tibia, con un estilo de vida que la inviste de un encanto singular. Sus edificios más viejos apenas llegan al siglo. Hasta los anuncios de sus cantinas son graciosos: *El Sueño de Colón, Los cuatro gatos, Aquí me quedo, El caballo blanco, La Venus, La Ultima Copa.* Tiene un teatro que vale la pena de ser conocido, porque en él resplandece el buen gusto, a pesar de que en su interior están muchas reliquias de mármol y los dorados tan a la moda en el siglo XIX de Europa. En elogio de los costarricenses y de su teatro se ha dicho, en primer término, que para impedir que no le vaya a herir una bala, no hay revoluciones en Costa Rica; y fué don Jacinto Benavente quien hizo la afirmación de que San José es "una ciudad construída en torno de un teatro".

La capital josefina tiene muchas estaciones de radio, servicio de tranvías y de ómnibus, cuatro diarios, muchas librerías y una Biblioteca Nacional bien abastecida. La Casa Presidencial es tan sencilla que se me antoja la casa en que vive uno de esos señores que se dan el lujo de tener portero. Hace algunos años se comenzó a construir otra de arquitectura moderna, más apropiada para dar fiestas y llamarse Palacio; pero los Presidentes tienen miedo de que si llegara a construir, aquel que la estrenara no querría salir de ella y es mejor gastar ese dinero en la construcción de más escuelas; por otra parte, el plano que trazó el arquitecto le da apariencia de fortaleza y ningún Presidente querría encerrarse en un sitio tan incómodo, y sobre todo, tan peligroso.

Dibujo de *Juan Ml. Lépiz.*

Se sale de la ciudad en un día de calor, y a los quince minutos de viaje en automóvil se está en uno de esos pueblecitos quietos en que sólo se escucha el rumor del agua o el balido de los ganados. En el camino —¡y qué excelentes caminos tiene ese país!— se van encontrando las carretas tiradas por bueyes, casi todas primorosamente pintadas, porque hay certámenes anuales para premiar a las más bellas. La carreta pintada y el cafetal son los más airosos símbolos de la vida costarricense. Todas las tierras que el viajero va contemplando al ir por la carretera están sembradas. De pronto, en un recodo del paisaje, sintiendo la caricia del aire vespertino, gozando el espectáculo de las nieblas, aparece un establo y en torno de él una tierra labrantía, con barrancos llenos de árboles florales, con acequias en que el agua discurre. Es entonces cuando el viajero siente palpitar el corazón de una tierra que se antoja trasunto del Paraíso.

Por supuesto que no todo es luz y armonía en esa tierra de privilegio. Tiene sus graves problemas —que también los tienen los grandes países—; pero la gente es capaz de entenderse, porque la escuela es madrina de la tolerancia, la fuente viva en que nacen millares de almas que saben convivir. Por eso es que hay que ir a la escuela costarricense para comprender por qué en ese país no es posible que un tirano se entronice y que se adueñe de él como de su hacienda. Allí la libertad de prensa es una realidad; pero los periódicos no dan noticias de crímenes. Hubo un Presidente, don Ricardo Jiménez, que era el mejor colaborador de los periódicos,

(*Concluye en la pág. anterior*)